BOLSILIBROS

la conquista del ESPACIO

LOS BRUJOS DE LERO

a. thorkent

CIENCIA FICCION



El enviado de un reyezuelo local, que gobierna en una región estelar independiente del Imperio, visita a unos fabricantes de cyborgs para hacerles un importante encargo de guerreros destinados a constituir la espina dorsal de su ejército. El tirano del planeta Lero, que así es como se llama la capital de su reino, desea combatir a la población nativa del planeta, sojuzgada y perseguida por colonizadores procedentes de distintos mundos del Imperio. Estos nativos se caracterizan por poseer poderes paranormales, por lo que el régulo de Lero exige que los cyborgs sean adaptados para hacerlos inmunes a toda posible influencia mental. El problema estriba en que los constructores de cyborgs, que obtienen su materia prima mediante razzias en mundos fronterizos capturando inocentes a los que convierten en máquinas de matar, andan escasos de reservas, por lo que deciden asaltar una nave de pasajeros camuflándose de piratas… De forma totalmente clandestina e ilegal, por supuesto, ya que si bien las autoridades imperiales hacen la vista gorda a sus desmanes fuera de las fronteras del imperio, evidentemente no están dispuestas a consentirlo dentro de las mismas.



A. Thorkent

Los brujos de Lero

Bolsilibros: El Orden Estelar - 2

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 98

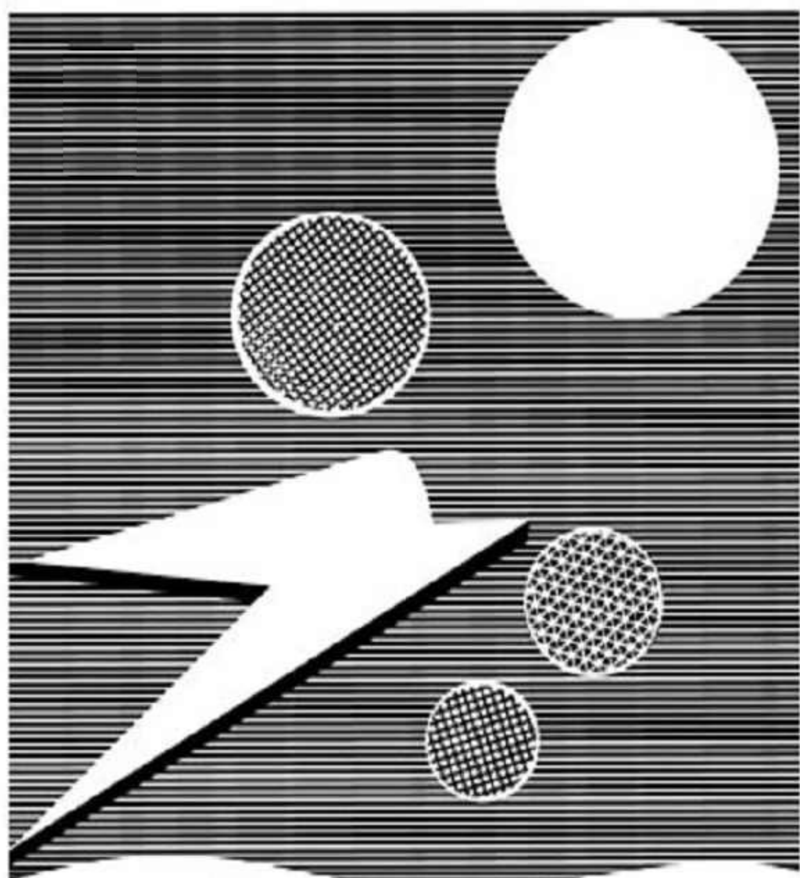
ePub r1.1

xico_weno 05.09.15

Título original: Los brujos de Lero
A. Thorkent, 1970

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Efron Dunn repasaba mecánicamente los informes de los distintos departamentos. Su acostumbrada y eficiente visión comprobaba instantáneamente la corrección de los datos.

De súbito se sintió cansado. A punto estaba de ordenar que su masajista acudiera al despacho cuando el avisador le indicó que su secretaria deseaba hablarle.

Suspirando resignado, Dunn permitió que el atractivo rostro apareciera en la pantalla.

—Señor Dunn —dijo sonriente la muchacha—, un caballero de las Pléyades solicita verle.

Efron casi saltó de su asiento. Su aparente cansancio desapareció al instante. Mientras se arreglaba su lujoso traje, respondió a la secretaria:

—Hágale pasar inmediatamente. Esperaba esta visita desde hace muchos días. Y que nadie nos moleste mientras tanto, aunque el asteroide caiga al sol.

—Sí, señor Dunn —asintió la secretaria.

Ya era hora de que llegase el emisario de Arh Manara, Amo de la Guerra de aquel laberinto del que ni siquiera querían saber en la Corte Imperial, y que se conocía por el nombre de Pléyades Negras. Hacía más de un mes que le había sido anunciada su visita de forma altamente secreta.

Si sus pensamientos se convertían en realidad, el negocio que podía hacer sería fabuloso.

Cuando la puerta se abrió para dar paso al enviado, Efron Dunn mostraba la más cordial y amistosa de sus sonrisas, sólo reservada para los más importantes clientes. Acudió a su encuentro, le saludó con efusión e indicó al personaje que tomara asiento junto a una artificial ventana que daba una auténtica sensación de estar junto a un lago y no en un asqueroso asteroide.

—Le esperaba impaciente, señor… —empezó a decir Efron. No conocía el nombre del visitante aún.

—Me llamo Baoma. Soy lugarteniente de Amo Manara —explicó el enviado con voz opaca y muy lentamente.

Dunn entornó los ojos y en seguida calificó a Baoma como uno de aquellos clientes difíciles de contentar. Tenía que ser muy exigente, pero él podía darle lo que quisiera… si pagaba bien, por supuesto. Y el lujo que Baoma cargaba en sus ropas denotaba que su Amo Manara tenía las arcas bien repletas. Mejor que mejor.

—Tengo entendido que usted me esperaba desde hace unos días, ¿no es así? —preguntó Baoma.

—Así es. Temía que le hubiera ocurrido algo por el camino, señor Baoma.

El lugarteniente de Arh Manara esbozó una ligera sonrisa.

—Vengo bien acompañado. Dos naves fuertemente armadas me acompañan, además de un batallón de buenos guerreros.

—¿Guerreros normales?

—Sí, desde luego —respondió agriamente Baoma—. Son mi guardia personal. En ella yo nunca aceptaría de los… otros.

—Discúlpeme, pero creí apreciar cierto tono despectivo en sus palabras.

—No se equivoca —dijo duramente Baoma—. Amo Manara nunca tuvo mi aprobación para entrar en relaciones con usted… y su producto.

Dunn pensó que, efectivamente, no se había equivocado al juzgar a aquel hombre como un cliente difícil.

—Estoy seguro que habla así porque lo desconoce —dijo, conciliador, Efron—. Cuando se dé cuenta por sí mismo de su eficacia no tardará en opinar de distinta forma.

—Otros amos de la guerra disponen de ellos, yo los he visto luchar y no me gustan.

Efron entornó los ojos. Dijo:

—Desde hace tiempo no vendemos nada a las Pléyades Negras. Es seguro que lo que vio se trata de una facturación antigua. Nuestros actuales modelos son sumamente eficaces. Estoy seguro que su Amo Manara lo sabe cuándo le ha enviado a formalizar la compra.

—Un momento. Aunque yo esté aquí por deseo de Amo Manara,

solamente mi decisión final hará posible que se efectúe o no la operación.

Dunn tragó saliva. Baoma no solamente se trataba de un cliente difícil, sino impertinente. Pero podía estar tranquilo. Tenía a disposición de aquel fatuo algo reciente que colmaría sus exigencias.

—Es igual, señor Baoma. Estoy firmemente convencido que saldrá satisfecho. Cuando recibí su anuncio de visita estuve estudiando las características de Lero, su planeta. Al parecer se trata de un lugar tipo Tierra en su mayor parte, ¿no es así?

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso? Dunn sonrió ampliamente.

—Últimamente —explicó— estamos acondicionando nuestro producto al ambiente reinante en los planetas de nuestros clientes. Disponemos de modelos que pueden adaptarse a una atmósfera pobre en oxígeno, a mundos helados o calcinados. Es igual. Nosotros servimos lo preciso para que actúe en el clima más inverosímil con la mayor eficacia.

Baoma asintió.

—Me complacen sus palabras. Demuestran que están capacitados. Aunque en nuestro caso sólo precisamos elementos valiosos, resistentes y que no se sientan intimidados ante… fuerzas que podemos llamar sobrenaturales.

—No entiendo…

—A su debido tiempo recibirá la explicación oportuna.

—Será vital para nosotros, para que podamos complacer al Amo Manara.

—Sí, desde luego.

La puerta se había vuelto a abrir y una encantadora muchacha entró portando una bandeja con bebidas. Su ligereza de ropas y belleza hizo sonreír ampliamente a Efron Dunn. Su visitante, por el contrario, rehusó la invitación. Tampoco la miró. Aquel gesto defraudó a Dunn, haciéndole pensar que también debió haber estudiado las costumbres sexuales de Lero.

Pero como Baoma no había dado muestras de haberse enojado por la interrupción, Dunn se apresuró a volver a hablar de negocios.

—Sería conveniente que nos detallase la clase de género que precisan en Lero, señor Baoma.

—Algo muy especial. Pero antes desearía conocer sus modelos

más calificados.

—Por cierto —repuso Dunn levantándose y señalando a Baoma la salida, por la que acababa de desaparecer la camarera.

Cruzaron varias estancias llenas de computadoras, servidas todas por elementos femeninos. Efron Dunn parecía recrearse ante la vista de tanta belleza, mientras que Baoma seguía ignorándola.

—Como apreciará, señor Baoma, nuestra administración es compleja. Se dará cuenta inmediatamente que nuestro negocio está cuidado hasta en sus más mínimos detalles.

—Lo veo —replicó escuetamente Baoma.

Entraron en un ascensor, que se puso inmediatamente en marcha cuando Dunn apretó uno de los botones del cuadro de mandos. Bajaron a gran velocidad. Segundos más tarde la cabina se detuvo con suavidad y Efron permitió que su visitante saliese primero.

Un hombre con bata blanca acudió solícito a su encuentro. Al tiempo que sonreía, se presentó:

—Soy Derbee, señor Baoma; estoy al cargo de la supervisión de nuestros elementos. Es un honor recibirle en mi departamento.

Baoma se limitó a estrechar la mano del llamado Derbee. No se molestó en disimular su repugnancia ante aquel contacto. Incluso ante el mismo Derbee se la limpió con un fino pañuelo desinfectante.

Dunn apreció la violencia en el rostro de su colaborador y tosió, apresurándose a decirle:

—El señor Baoma viene de Lero. Por encargo de su Amo Mimara desea ver algunos de nuestros más eficientes modelos.

Secamente, Derbee replicó:

—Se los mostraré con gusto, Dunn. Venga por aquí, señor Baoma.

Anduvieron por un piso reluciente, que reflejaba sus imágenes como un nítido espejo. Los colores de las paredes eran suaves, agradables a la vista.

Penetraron al final en una amplia sala, sin mueble alguno. En el centro estaba un hombre vestido con fuertes ropas de combate para la guerra moderna. No estaba, empero, armado. El casco de acero fortalecido lo sostenía en su mano derecha.

—Se trata del modelo
ET-76

, acondicionado para actuar en planetas tipo Tierra —explicó Derbee, quien ante la presencia del guerrero parecía haberse olvidado de la ofensa que le acababa de hacer Baoma—. Es fácilmente adaptable para necesidades especiales, siempre que no sea preciso cambiar su metabolismo.

—Lero es tipo Tierra, Derbee —recordó Dunn.

El señor Baoma se adelantó un poco. Miraba fijamente al modelo ET-76

, cuyo rostro atrajo su atención. Mejor dicho, la máscara que lo cubría y que daba una lejana apariencia a las facciones humanas.

Dunn comprendió el interés de su visitante y posible cliente por la máscara y explicó:

—Todos nuestros elementos, sean del modelo que sean, tienen la misma máscara adaptada al rostro. Solamente algunos que son destinados a vivir en atmósferas violentas, como las de metano o sílice puro, disponen de otra, debido a que sus sistemas respiratorios obligan a una adaptación que ocupa mucho más volumen.

—¿Pueden quitarse ellos mismos las máscaras? —preguntó Baoma.

Derbee sonrió.

—Si lo intentaran se arrancarían la misma piel. Nunca harían tal cosa. Su mente habilitada por nosotros nunca desarrollaría tal deseo. La máscara es una cosa natural en ellos.

Baoma se percató que la metalizada segunda piel que cubría el rostro del hombre ofrecía los huecos adecuados para los ojos, nariz y boca. Encima de las orejas aparecían unos discos metálicos.

—¿Para qué sirven? —preguntó Baoma señalándolos.

—Se trata de un filtro sónico. Sirve para que nada más obedezcan las voces de sus dueños.

Baoma asintió. Parecía empezar a estar complacido y Dunn sonrió a Derbee.

—Hasta ahora todo es satisfactorio, pero me gustaría ver actuar a su modelo

ET-76

—comentó Baoma—. Llamaré a unos contrincantes… —empezó a decir Derbee.

El visitante se volvió rápido hacia él, haciéndole callar con su

inesperado gesto. Y dijo:

—No es preciso. Si yo soy quien tengo que aprobar la compra que desea mi Amo Manara, seré yo personalmente quien lo someta a prueba.

—¿Qué está diciendo? —preguntó asombrado Dunn. Baoma se había quitado su dorada capa, que dejó caer al suelo. Con gesto de superioridad, dijo:

—Ya lo han escuchado. Quiero que ese modelo se enfrente conmigo. Usaremos espada, daga y escudo. Preferiría las pistolas flamígeras, pero me temo que pueda estropearles su modelo.

Muy pálido, Dunn advirtió:

—Le matará. ¿Qué dirá Amo Manara de nosotros si le devolvemos su cadáver?

Baoma le dirigió una sonrisa despectiva.

—Si Amo Manara recibe mi cadáver porque me haya matado su modelo
ET-76
, esté seguro que le hará una buena compra. Pero, de todas formas, no se preocupe por su responsabilidad. Amo Manara sabe que yo me batiré con los modelos que me propongan. Además, traigo conmigo un documento firmado por mí que les exime de toda culpa. ¿Es suficiente o temen, en realidad, que yo pruebe personalmente su modelo?

—Tememos por usted, señor Baoma —dijo Dunn. Derbee había leído el documento y se lo tendió a su jefe, diciendo:

—Está correcto. ¿Por qué no satisfacemos los deseos de nuestro ilustre visitante, Efron? Recuerda que el cliente es para nosotros lo más primordial.

—Pero un cliente muerto de poco sirve —gruñó Dunn.

—Les repito que mi Amo Manara les hará una buena compra si su modelo logra vencerme.

—No sólo le vencerá, sino que es seguro que le mate.

—Lo veremos. ¿Qué deciden? Les advierto que si no acceden me marcharé sin cerrar trato alguno.

Dunn suspiró.

—Está bien —dijo—. Usted se lo ha buscado. Pero antes prepararé al prototipo para que no le hiera mortalmente a usted.

—Nada de eso —cortó Baoma—. Tengo que luchar con él

disponiendo plenamente de sus facultades.

—Ya oye al señor Baoma, Dunn —intercaló Derbee sonriendo siniestramente. Aún tenía presente el gesto de asco del emisario de Manara al estrechar su mano.

Efron se acercó a la pared y abrió un pequeño rectángulo. Era un comunicador y a través de él dio algunas órdenes. Minutos después, dos hombres vestidos con batas rojas llegaron. Llevaban algunas armas. Uno de ellos entregó al guerrero enmascarado una espada de ancha hoja y reluciente, una larga daga y un escudo de titanio, casi capaz de detener un proyectil de pequeño calibre. Baoma recibió del otro hombre idénticas armas.

Después de dar algunos cintarazos al aire y asentir satisfecho, Baoma dijo a Dunn:

—Estoy dispuesto.

Efron se encogió de hombros y se acercó al prototipo
ET-76
. Le habló susurrante al oído. Cuando regresó, Baoma preguntó receloso:

—¿Qué le ha dicho?

El hombre le miró fijamente y respondió:

—Que use toda su fuerza para matarle a usted. Por toda respuesta Baoma esbozó una sardónica sonrisa.

—Es lo que quería.

Desde un rincón de la estancia y junto a su ayudante, Dunn advirtió:

—
ET-76
no se detendrá hasta verle muerto, señor Baoma. Si durante el combate reconoce que no puede vencerle, dígamelo y trataré de contenerlo. Puedo hacerlo disparándole una carga anestésica.

—¿No obedece a usted?

—Sí, pero este modelo se ofusca con el combate y apenas oye durante el mismo.

—Perfecto —dijo Baoma—. Hasta ahora me agrada el ejemplar. Si es tan bueno en la práctica como ustedes dicen que es en teoría, estoy seguro que quedarán satisfechos con el negocio.

Tan pronto como Baoma se adelantó hacia el guerrero, éste salió de su pasividad y aferró con fuerza la espada, al tiempo que

adelantaba el escudo. Sus ojos miraban a su enemigo ardientemente, sin odio, pero con ferocidad. Parecía ansioso de entrar en lid, de matar.

CAPÍTULO II

Desde el rincón neutral, Dunn y Derbee seguían con interés las evoluciones de Baoma y
ET-76
en el centro del improvisado campo de lucha. Hasta el momento los dos gladiadores giraban uno alrededor del otro, estudiándose.

—No me gusta esto, Derbee. He estado a punto de perder el negocio con tal de que ese estúpido leroita no perezca a manos de esa máquina de matar.

—Déjalo —replicó Derbee acremente—. Me sentiré feliz cuando nuestro
ET-76
lo destroce.

—¿Tanto te ofendió cuando sin darse cuenta te estrechó la mano?

—Sí. Entonces se dio cuenta que soy un miembro de la raza que ellos utilizan en su planeta para surtirse de esclavos.

—Pero tú no naciste en Lero…

—No todos los de mi raza tienen la desgracia de nacer allí.

Callaron porque los dos contendientes habían cruzado por primera vez los aceros.

Después de observar los movimientos de Baoma, Dunn reconoció:

—Es un buen esgrimista. Resistirá algo a
ET-76
. Derbee sonrió.

—Por la seguridad con que habló parecía muy confiado en vencer.

—Está loco, sin duda. ¿Tú crees que un ser humano normal, por muy hábil que sea, puede vencer a
ET-76

?

—Teóricamente, es imposible.

ET-76

dispone de mayores reflejos, mejor musculatura, resistencia y poder. Puede estar luchando hasta morir por agotamiento; pero hasta el último instante peleará como si estuviese fresco.

—Quizá un golpe de suerte de Baoma…

—No digas tonterías. El cerebro de

ET-76

percibe un segundo antes que otro normal las reacciones de su enemigo. Dispone de tiempo para atajar cualquier golpe. Ese perro leroita está muerto ya.

Volvieron a guardar silencio.

ET-76

sólo precisó de unos instantes para estudiar a su contrincante. Ahora atacaba constantemente y Baoma parecía encontrar ciertas dificultades en detener el furioso e interrumpido ataque.

—¿Comprendes ahora lo que te decía? Reconozco que Baoma es buen luchador, pero su organismo es corriente. Por mucha resistencia física que tenga y poder de recuperación, nuestro

ET-76

no le concede tregua. Él no se cansa, o, al menos, no lo siente. Sus reservas de energía son mayores que las de Baoma. Tampoco se preocupa de ellas.

ET-76

dispone solamente de un elemental sentido de la conservación. Realmente no le importará morir. Pero eso para él es algo lejano. Es consciente de su superioridad y goza de ella, saboreando con antelación su segura victoria. Éstas son las pequeñas satisfacciones que reservamos a nuestros guerreros.

Dunn asintió. A sus oídos habían llegado un tanto confusamente las explicaciones apasionadas de Derbee. Seguía con suma atención las maniobras que sin cesar tenía que ejecutar Baoma para evitar que el acero de

ET-76

le alcanzase.

Los dos hombres vieron con visible asombro cómo en una ocasión la espada de Baoma resbaló sobre el escudo del guerrero y

cortaba la fina cota de malla.

—Le ha herido —musitó Dunn—. Nunca creí que pudiera suceder.

Derbee había palidecido ligeramente, pero se apresuró a decir:

—Ha sido un golpe fortuito.
ET-76
sabía que la espada iba a chocar contra su escudo; no podía predecir que éste iba a resbalar y llegar a herirle. Pero no importa esto. Seguirá luchando sin sentir el dolor, pues está inmunizado contra él.

Efectivamente,
ET-76
continuaba esgrimiendo su espada como si nada le hubiera ocurrido. Otro luchador tal vez hubiera atacado ciego de rabia al sentir en su carne la afilada hoja de la espada. El guerrero, por el contrario, parecía tomarse el combate con más calma. Tal vez su pequeño sentido de la conservación le había aconsejado que debía ser más prudente, no por evitar ser muerto, sino porque su deber era matar a aquel hombre. Se lo había ordenado su dueño y tenía que cumplir con su cometido.

Ahora Baoma había cambiado repentinamente de táctica. Por tres veces seguidas hizo que su escudo chocase contra el otro, al mismo tiempo que su espada trataba de buscar un hueco para hundirla en la carne de su enemigo. Pero
ET-76
siempre tenía a punto un contraataque y el visitante se vio en más de un apuro para neutralizarlos.

Efron y Derbee notaron cómo Baoma extraía la daga de su cinturón con la mano que agarraba el escudo. Ambos se miraron entre sí, preguntándose cuáles eran las intenciones del visitante.

Entonces Baoma pareció dar muestras de cansancio.

Ante los golpes del guerrero fue retrocediendo hasta que su espada chocó contra la pared.

El enviado de Amo Manara intentó salir de la encerrona y el guerrero, de un rápido movimiento, le aprisionó la espada con la suya contra la pared. Baoma se resistió a soltarla. Giró sobre el guerrero y su mano derecha soltó el escudo a la vez que, empuñando la daga, caía sobre la espalda de

ET-76
.

El corto acero surgió rápido y ensangrentado de la espalda del guerrero. En poco más de cinco segundos volvió a repetir velozmente su mortal trayectoria diez veces, hasta que la última tocó certeramente el corazón.

Sólo entonces Baoma dejó de golpearle con la daga, soltándola al suelo.

El guerrero había caído sobre la pared, aún aferrado a sus armas, y sobre ésta fue resbalando hasta quedar tendido en la reluciente superficie que se iba tintando en sangre.
ET-76
había muerto sin soltar un solo sonido de dolor.

Baoma tiró el escudo que rebotó sonoramente y se acercó a los asombrados Derbee y Dunn. Estaba sudoroso, pero sonreía complacido.

—¿Les decepciona el resultado de la lucha? —preguntó mientras tomaba su capa del suelo y despacio se la colocaba.

Dunn aspiró hondo y calló. Derbee silabeó:

—Bastante.

El visitante le dirigió una sonrisa triunfadora y humillante a la vez.

Recobrándose, Dunn se apresuró a decir:

—Derbee quiere decir que era un buen prototipo, muy costoso. Trabajó en él mucho y…

Después de mirarlos por encima del hombro, Baoma respondió:

—Pagaré los daños. Ahora hablemos de negocios.

El estupor en el rostro de Dunn era notable cuando preguntó:

—¿Quiere decir que está dispuesto a comprar después de…?

—Así es.
ET-76
luchó bien y murió mejor. Es un guerrero que nos interesa. Si pueden proporcionarnos un centenar de ellos, iguales, mi Amo Manara pagará bien.

El color volvió a la cara de Dunn. Dibujó una amplia sonrisa.

—Ciertamente no esperábamos que usted venciera, señor Baoma. Pero me alegro que así haya ocurrido. Su estrategia no pudo preverla nuestro modelo, ciertamente. Fue muy inteligente.

Mientras salían de la estancia y los dos hombres vestidos de rojo se ocupaban del muerto, Baoma dijo:

—Me he dado cuenta que sus ejemplares son buenos.

Lamento haberlo tenido que matar al final. También quería saber cómo morían. Me servirán después de ciertas modificaciones que les diré que mi Amo Manara desea.

—¿Cuáles son esas modificaciones? Deteniéndose, Baoma dijo:

—Antes de tres meses deberán entregamos cien guerreros del modelo

ET-76

. Han de estar para entonces en Lero, dispuestos a luchar para mi Amo Manara.

Dunn y Derbee se miraron preocupados.

—No es mucho tiempo… —dijo Dunn.

—¿No son capaces de preparar cien guerreros en ese tiempo? ¡Me aseguraron que su capacidad de fabricación era excelente! .

—Me refiero a la materia prima…

Baoma sonrió sardónicamente:

—Siempre me he preguntado de dónde sacan ustedes, los fabricantes de guerreros, los hombres que transforman en máquinas de matar.

Sus dos interlocutores no respondieron y Baoma añadió:

—Pero ese asunto no es de mi incumbencia. Ustedes deberán solucionar su problema. En cuanto a las modificaciones… ¿Conocen la magia de las tribus cricdos de Lero?

—Algo solamente. Tengo entendido que antiguamente esas tribus dominaban a las demás por medio de sus poderes sobrenaturales. Luego, durante el advenimiento de la Primera Era y la llegada de oleadas de fugitivos del emperador a las Pléyades Negras, su predominio se esfumó —dijo Dunn.

—Considero poco serio hablar de magia en estos tiempos —opinó Derbee.

—En realidad la magia de los cricdos es simple capacidad paranormal de algunos de sus miembros —explicó Baoma reanudando la marcha, en dirección al lujoso despacho de Dunn.

Al llegar a él, el enviado de Amo Manara terminó diciendo:

—Es sencillo lo que queremos en los guerreros que deseamos comprarles, señores. ¿No se lo figuran?

Dunn asintió con gesto preocupado.

—Creo que sí. ¿Desean que resistan los ataques de mentes poderosas?

—Exacto.

Derbee ya tenía entre sus ágiles manos una calculadora que manejó durante unos segundos. Al obtener el resultado, dijo:

—Modificar las mentes de los guerreros, haciéndolas invulnerables a las de enemigos paranormales subirá el precio en un treinta por ciento.

Baoma asintió.

—De acuerdo. Y tengan presente que dentro de noventa días han de estar los cien guerreros en Lero. Mi Amo Manara pagará al contado. Mientras tanto estoy autorizado a entregarles esta cantidad como anticipo. Podemos firmar inmediatamente los contratos.

Había tirado sobre la mesa un paquete, que Dunn desenvolvió. Dentro había cien indestructibles certificados bancarios, canjeables en la inmensa mayoría de los planetas de la Galaxia, y por valor de mil créditos cada uno.

—Podemos satisfacerle en todo, señor Baoma; pero en cuanto al plazo…

Baoma arrugó el ceño de mal talante.

—¿Qué pasa con el plazo? Considero que es suficiente.

Derbee interrumpió sus cálculos y dijo:

—Dentro de dos meses tendrá cincuenta guerreros en su planeta, señor Baoma. Es posible que el resto se retrase otros dos meses. Repito que nos falta materia prima.

—Recurran a sus fuentes de suministro de emergencia —rió Baoma—. Creo saber cuáles son. Pero no pongan ese gesto de alarma. Yo tengo mejores medios de información que las autoridades. Solamente si ellas supieran lo que yo sé se verían en dificultades. No teman. No me interesa que ustedes salgan perjudicados.

—Haremos lo posible por complacerle, pero será difícil que tengan en Lero todos los guerreros que desean —insistió Derbee.

Dunn hizo una indicación a Derbee para que callase y dijo:

—Váyase tranquilo, señor Baoma. Su Amo Manara tendrá lo que desea en el plazo previsto.

Cuando se hubieron quedado a solas, el rostro de Derbee estaba

bastante alterado. Moviendo las manos nerviosamente delante del rostro de Dunn, le preguntó:

—¿Me podrás explicar cómo vamos a solucionar esto?

Sólo tengo poco más de cincuenta hombres para preparar los guerreros que hemos vendido. No me gusta disgustar a un tipo como Manara. Si piensa que lo estamos engañando es capaz de venir hasta aquí y volar el asteroide.

—Ya encontraremos la solución. Lo importante era no perder tan buen negocio. ¿No has visto cómo no han regateado una sola milésima del precio fijado por nosotros? Les cobramos más del doble de lo normal.

—¿De qué nos servirá el dinero cuando nuestros cuerpos floten en el vacío convertidos en hielo?

—Tú trabaja en los hombres de que dispones mientras yo me ocupo de buscar más.

Derbee abatió los hombros con desesperación.

—Pareces olvidar que hasta dentro de seis meses no volverán nuestros proveedores con más mercancía del borde de la Galaxia.

—No olvido eso. Pero tú sí olvidas que la Galaxia está llena de seres que nos servirán para convertirlos en guerreros. ¿Recuerdas cuando aquel reyezuelo de la Constelación de Hércules nos pidió un ejército de tres mil soldados?

—¡Bah! Eran modelos simples. En tres semanas le tuvimos listo el pedido.

—No, no me refiero a eso. ¿De dónde sacamos la materia prima?

Derbee entornó los ojos. Lentamente se volvió para mirar de frente a Dunn.

—Sí, fue una época en la cual las líneas comerciales sufrieron muchas pérdidas. ¡Pero corrimos un gran riesgo! A punto estuvimos de ser descubiertos por las autoridades. No podemos volver a hacer lo mismo.

—¿Por qué no? Sólo precisamos de cincuenta hombres.

Sólo será un golpe. Nadie pensará en nosotros y nos relacionará con la antigua epidemia de accidentes estelares.

Derbee hundió las manos en los bolsillos de su bata y se alejó de Dunn. Antes de salir de la habitación dijo:

—Haz lo que quieras, pero lo que hagas deberás hacerlo con sumo cuidado. Mi cabeza también está en el juego.

Dunn observó cómo su ayudante cerraba tras de sí la puerta sonoramente con un rictus burlón en los labios.

Lentamente regresó hasta su cómodo sillón y recordó que poco antes de que le anunciaran la llegada de Baoma, estaba a punto de solicitar la presencia de una masajista. Volvía a sentirse terriblemente cansado.

Hizo que el sillón se convirtiese en una confortable cama. Ya había cerrado los ojos cuando notó el perfume de la masajista primero y luego sus delicadas manos apoyarse en su cuerpo.

Sonriendo con beatitud, se relajó del todo.

Capítulo III

Era alto, de fuerte complexión y movimientos felinos. Su edad era mediana. La frente, despejada, denotaba inteligencia. Tenía la piel oscura y los ojos relucían azules en medio de ella. Algún osado se atrevía a decir que Arh Manara tenía algo de humanoide, pero su aspecto general echaba por tierra aquellas malas lenguas.

Manara era totalmente humano. Llegó a Lero durante las últimas riadas de colonos desenfrenados. En el planeta reinaba el caos, después que las tribus nativas fueron expulsadas violentamente de las más fértiles tierras y habían huido a los desiertos y montañas.

El Gran Imperio abrió a la anárquica colonización los mundos de las Pléyades Negras y luego se olvido el asunto. La ley del más fuerte se impuso y Arh Manara, secundado por un grupo de hombres decididos, implantó su autoridad primero en la ciudad donde se alojo y luego en las inmediatas. Después de diez años de lucha era el dueño absoluto de Lero.

Pero Arh sabía que nunca sería el Amo de la Guerra de Lero mientras quedasen en los desiertos y montañas restos de las antiguas tribus. Podía olvidarse de todas, excepto de una: la de los cricdos. Eran los que habían mantenido su dominio en Lero durante siglos y se resistían ahora a perderlo en manos del extranjero Manara.

Sabía con certeza Arh que los cricdos habían perdido sólo una batalla y no la guerra. Mientras quedasen cricdos en el planeta era iluso pensar en lanzarse a la conquista de sus vecinos de otros mundos de las Pléyades Negras.

—Es mucho el tiempo que ha pedido Efron Dunn para servimos ese pequeño ejército, Baoma —dijo gruñendo mientras miraba a través de la ventana el valle donde se asentaba la ciudad.

—No podía forzarlos más, mi Amo. Incluso temí que me pidieran más tiempo —respondió suavemente Baoma. En sus ojos brillaba la

más sublime admiración hacia su jefe.

—Tengo localizado el lugar exacto donde esos condenados cricdos viven, allá en los montes Verdes. Mis espías afirman que son fuertes, y lo serán mucho más si dejamos que vivan en paz, preparándose para combatirme.

—No podrán hacerlo. Si bajan a los valles serán aniquilados por nuestras flotas aéreas —recordó Baoma.

Arh crispó los puños.

—Tienen magia, Baoma.

Baoma sonrió.

—Es un simple poder de sus mentes. De todas formas somos afortunados porque no son unos paranormales fuera de serie.

—Me aseguran que están desarrollando un proyecto fantástico para alcanzar la victoria —masculló Arh Manara—. Tenemos que impedir que lo terminen.

—¿Sabe mi Amo también cuánto tiempo necesitan para terminarlo?

—Antes de un año, creo. Los cricdos son endiabladamente astutos. ¿No te he dicho cuando regresaste que hemos descubierto que muchos de ellos, disfrazados, han conseguido salir de Lero?

Baoma no supo disimular su sorpresa.

—Lo ignoraba, mi Amo. ¿Y es grave eso? Arh se encogió de hombros.

—No lo sé. Es raro porque los cricdos nunca fueron aficionados a salir de su mundo antes que llegasen los colonos. ¿Por qué lo hacen ahora? ¿Tiene esto algo que ver con su secreto proyecto?

—Mi Amo no debe preocuparse más. Dentro de poco más de dos meses estarán aquí los guerreros comprados a Efron Dunn. Ellos darán buena cuenta de los supervivientes cricdos.

Manara dejó de mirar al valle y caminó hasta una mesa repleta de vinos y comida. Se llenó una copa, que empezó a beber pensativamente.

—Si es cierto lo que me has contado respecto a ese modelo
ET-76
, estoy seguro que los guerreros de Dunn arrasarán los refugios cricdos. Pero no debiste arriesgarte a luchar con aquel prototipo, Baoma.

—Estaba seguro de vencer, mi Amo. Por muy efectivo que sea

un hombre preparado científicamente para matar, yo soy mejor.

Manara emitió una de sus poco acostumbradas sonrisas.

—Estoy seguro que tú eres el mejor luchador con arma blanca o de fuego de la galaxia, Baoma. No podría prescindir de ti. Por eso no me ha gustado que te arriesgaras peleando con algo que un tiempo atrás fue un hombre.

—Mi Amo debía estar seguro de gastar bien su dinero —respondió enfáticamente Baoma. Las palabras de Manara le habían llenado de orgullo.

—El dinero es lo de menos en nuestro caso, mi querido Baoma. Será una cuestión insignificante cuando consigamos coronar con éxito nuestros proyectos.

—Arh Manara será el Amo de la Guerra de todas las Pléyades Negras primero y posteriormente el emperador tendrá que rogarle que se siente a su imperial mesa.

Manara rió de buena gana.

—Eres optimista. Me conformo con menos. No desearía enfrentarme con el Gran Imperio, que, aunque esté demasiado podrido, aún es fuerte. Aún tardará siglos en caer.

El Amo de la Guerra de Lero volvió a llenarse de vino la copa. Sabía que era inútil ofrecer una a Baoma. Su fiel servidor carecía de vicios. Muchas veces Manara se preguntaba cuáles podían ser los placeres que de la vida obtenía Baoma. No le conocía ninguna debilidad que no fuese la de obedecerle. En más de una ocasión Arh había sentido un escalofrío ante la poca humanidad que mostraba Baoma en todos los aspectos.

Pero era su mejor servidor, el más fiel, al único que podía confiarle su vida.

—Volvamos al asunto de los guerreros de Dunn, Baoma —dijo Arh cuando hubo terminado de beber la segunda copa y reprimía sus deseos de escanciar la tercera—. ¿Supones que Dunn cumplirá su palabra y nos servirá en la fecha prometida?

Baoma tardó un instante mayor de lo que su Amo hubiera deseado en responder:

—Es posible, mi Amo. Dunn hará lo posible. Nadie le pagaría como nosotros. Pero…

—Dime lo que sea. Por tu vacilación ya he comprendido que tienes dudas.

—Efron Dunn tiene dificultades en el suministro de seres humanos a los que acondicionar como guerreros perfectos. Un confidente, el mismo que me puso en contacto con él, llevándome a su asteroide secreto, me ha confiado que Dunn tiene corsarios a sueldo que le traen del Borde de la Galaxia los humanos que precisa. Últimamente Dunn ha tenido mucha demanda de sus guerreros y apenas tiene reservas.

—Eso es grave. ¿Cómo crees que Dunn solucionará el problema?

—Creí adivinar en las palabras de Efron que ellos disponen de un sistema de emergencia para proveerse de humanos.

Curioso, Manara enarcó una ceja.

—¿Cuál es ese medio? Es fácil saquear mundos y robar humanos de los mundos del Borde, pero imposible hacerlo en estas zonas galácticas.

—No estoy seguro, pero creo que se trata de asaltar alguna nave comercial, de pasaje —replicó Baoma.

—Es peligroso.

—Dunn lo hará porque le pagamos bien…, y teme que si no cumple con el contrato mi Amo arrasará su asteroide.

Manara recogió su capa y Baoma, solícito, se apresuró a ayudarle a colocársela.

—Espero que no asalte una de las naves que comercia con nosotros —comentó preocupado Manara.

—Efron es listo y sabe que eso sí sería una locura por su parte —le tranquilizó Baoma. Luego, después de dudar un poco, preguntó —: ¿Puedo saber adónde va mi Amo?

Manara sonrió con picardía cuando respondió:

—Mi jefe de eunucos me avisó de la llegada de una nueva remesa de esclavas. Pienso asistir a la subasta del mercado. Me temo que ya no te verá hasta mañana, mi querido Baoma.

El lugarteniente del Amo de la Guerra permaneció inmóvil hasta mucho tiempo después que Arh se hubiera marchado. En su rostro había un rastro de despecho.

Luego, muy despacio y como si le pesasen las piernas, se marchó.

* * *

Se armó un pequeño revuelo cuando los asistentes a la subasta

se dieron cuenta que Amo Manara pensaba asistir a la de aquella mañana. Inmediatamente le dejaron el mejor sitio, antes que la guardia personal del Amo les echase a puntapiés.

El subastador se sintió un poco nervioso. No era la primera vez que Amo Manara asistía a una subasta en la que los mejores lotes estuviesen constituidos por bellas muchachas, pero sí tenía constancia el subastador que si Manara se interesaba por alguna, el lote alcanzaría un bajo precio, ya que nadie se atrevería a pujar en contra del Amo.

Ojalá aquella mañana, Arh Manara se conformase con sólo una muchacha. Afortunadamente llegaba tarde a la sesión y cerca de la mitad de los lotes ya habían sido adjudicados. Pero quedaban los mejores, los que iban a complacer, sin duda, el delicado gusto en cuanto a las mujeres, tenía Manara.

Manara estaba rodeado de personajes de la ciudad.

Todos eran, además de poderosos, fieles suyos. Difícilmente alguien podía prosperar en Lero si se declaraba enemigo del Amo.

—Vamos, subastador. Continúa con tu trabajo —gritó Manara al individuo situado detrás del atril.

El subastador se inclinó respetuosamente y golpeó con su mazo dos veces, carraspeó y dijo:

—Lote número catorce. Dos hermosas mujeres de Chelteur. Ambas son jóvenes y muy guapas aún.

Hizo una indicación y las mujeres fueron empujadas para que subieran junto al subastador, que empezó a pregonar las cualidades del lote.

Manara arrugó el ceño, diciendo en voz alta:

—Me dijeron que traías cosas interesantes, maldito. Si toda tu mercancía es como ésta voy a suprimirte la licencia.

El subastador prefirió no darse por enterado. Dijo que se abría la puja con cien créditos.

—Es una auténtica ganga, señores de Lero. Cualquiera de ella vale el doble o más. ¿He oído cien créditos?

Una voz gritó que sí y sonaron risas cuando descubrieron que se trataba de una conocida matrona, dueña de un prostíbulo. Un joven oficial de la guardia del Amo comentó:

—Si todas tus muchachas son como éstas, Dama Charda, no cuentes conmigo como cliente.

La Dama Charda se quitó de los labios la enorme cachimba de la que salía un pestilente humo y gritó:

—Me ofendes, oficial. Quiero esas mujeres para que te quiten la capa cuando vengas a mi casa.

Entre risas se adjudicaron las dos mujeres de Chelteur a la Dama Charda. Un ayudante del subastador extendió la factura y cobró el dinero.

Arh estaba a punto de levantarse, dispuesto a castigar a su jefe de eunucos cuando regresase al palacio por haberle dado tan mala información. Anteriormente, un rico granjero le había asegurado que los anteriores lotes eran sólo poco mejores que el catorce.

Un murmullo de asombro hizo que Manara volviese a mirar al estrado. Allí había subido una muchacha de extraordinaria belleza y mirada desafiante.

El subastador sonreía complacido. Dirigiéndose especialmente al Amo Manara, anunció:

—En atención al honor que nos otorga nuestro Amo Manara, adelantamos ahora el lote reservado para el final. Comprobarán los señores de Lero que se trata de un hermoso ejemplar, joven. En cuanto a su belleza, ¿quiénes mejor que ustedes para juzgarla? Tengo como clientes a los más ilustres señores del planeta, cuyo criterio ante las cualidades femeninas no voy en estos momentos a resaltar.

—Vamos, condenado subastador. Dinos qué vale —gritó un decrépito anciano del fondo.

El hombre del atril guardó silencio, saboreando el éxito de la futura subasta.

—Antes les diré que, si no se han percatado, se trata de una cricdo. Por lo tanto…

Voces de asombro le hicieron callar. Cuando consideró que podía volver a ser escuchado, dijo:

—En realidad no se trata de una cricdo auténtica.

Vivía con su padre en los bosques del sur de la ciudad. Fue capturada y traída intacta para esta subasta —recalcó la palabra intacta. Varios hombres se movieron inquietos. Si el subastador aseguraba que era virgen, era te temer que el precio inicial de la puja iba a ser considerable—. El padre había fallecido y ella fue descubierta al salir de los bosques, sin duda, con el propósito de

reunirse con sus miserables compañeros de tribu refugiados en las montañas Verdes.

—No me gustaría tener en mi lecho a una bruja —dijo uno de mal humor.

El subastador sonrió.

—Su madre, estamos seguros, no era de Lero. Y su padre no conocía la antigua magia de los cricdos. ¿Acaso se ha olvidado que la mayor parte de los cricdos no conocen brujería alguna?

—El precio, subastador —dijo Manara observando con avidez la belleza de la muchacha—. Comienza tu trabajo.

—En seguida, mi Amo —asintió el subastador—. Les reservo, señores de Lero, una sorpresa. La puja será libre.

Manara sonrió ante la astucia del subastador, quien sabía que no era preciso fijar una salida. Una voz de viejo, riendo, dijo:

—Cien créditos.

—Alguien le respondió que era un avaro y ofreció doscientos.

La cantidad fue subiendo. Quien pujaba lo hacía mirando de soslayo al Amo Manara, temiendo que éste interviniese. Si lo hacía, la muchacha sería para él. Nadie se atrevería a oponerse a su oferta. Muchos pensaban que Manara era generoso y estaba dejando que la cantidad subiese algo. Entonces él diría la cifra final y la muchacha sería suya.

De todos era conocida la generosidad del Amo. Pagaría lo suficiente como para que nadie pensase que se había valido de su rango para llevarse a la muchacha por una cantidad ridícula.

Cuando las ofertas llegaron a los dos mil créditos, Manara dijo:

—Cinco mil créditos.

El subastador suspiró. Había estado esperanzado de que la oferta final llegase a más. Pero, de todas formas, cinco mil créditos era una excelente cantidad. De no haber asistido el Amo a la subasta nunca hubiese obtenido tal precio. Pero él mismo se había preocupado de advertir al jefe de los eunucos de que incitase a Manara a asistir. A cambio de tal favor le había entregado cien créditos.

—Cinco mil créditos ofrece nuestro Amo Manara. ¿Alguien supera esta oferta? —El subastador vio cómo Amo sonreía ante aquel formulismo. Estaba seguro que nadie alzaría su voz—. Cinco mil a la una, cinco mil a…

—Diez mil créditos —se escuchó decir una voz tranquilamente.

En pesado silencio, docenas de pares de ojos se volvieron para descubrir al osado. Se trataba de un hombre de piel muy blanca y cabellos rojizos, lo que era algo raro en Lero. Sin duda, era un extranjero. Pero ni un extranjero podía atreverse a desafiar la ira del Amo.

—¿Quién es? —preguntó Manara a su jefe de guardia.

El oficial, nervioso, le susurró unas palabras al oído. Manara dijo al subastador:

—Doce mil créditos.

El hombre de pelo rojo, imperturbable, anunció:

—Veinticuatro mil.

Manara se levanto y preguntó irritado:

—¿Sabes quién soy, extranjero?

El otro asintió en silencio primero y luego dijo:

—Sí, Arh Manara. Y le advierto que doblaré cualquier oferta suya.

—No creo que tenga tanto dinero —replicó despectivo el Amo de la Guerra de Lero—. Yo seguiré aumentando su puja.

El extranjero se encogió de hombros. Se levantó y, acercándose al atril del nervioso subastador, arrojó sobre él un montón de certificados de mil créditos, diciendo:

—Las leyes de las Pléyades Negras en cuanto a subastas de esclavos exige que todo aquel que intervenga pague inmediatamente lo que se le adjudique. ¿Puede usted mostrar su dinero; Manara?

Los presentes soltaron a la vez sus exclamaciones de estupor. Cuando se hubieron apagadas éstas, Manara dijo muy pálido:

—Siempre me pasaron la factura al día siguiente.

—Quebrantaban la ley —sonrió el pelirrojo—. Pero si es costumbre en Lero no hacer caso a las leyes refrendadas por los Amos de las Pléyades…

Al subastador, dijo el Amo:

—El extranjero compra a la cricdo.

Dirigió una última mirada cargada de odio al pelirrojo y se retiró seguido por su guardia personal. El subastador no daba crédito a lo que estaba viendo. Tartamudeando, preguntó al extranjero:

—Debe decirme su nombre para extender la factura.

—Me llamo Burt Corrigan y soy ingeniero imperial de la Tierra.

Las palabras del extranjero hicieron que todos comprendiesen por qué Manara abandonó la puja.

CAPÍTULO IV

La nave de pasajes Piscis estaba a punto de realizar una de sus periódicas detenciones. Según tenían conocimiento cuantos viajaban en ella, tomarían tierra en un planeta que nunca antes habían oído nombrar. Se trataba de un mundo desierto, en el que solamente existía una base de aprovisionamiento. Luego proseguirían la marcha hacia otros lugares más acogedores en los que irían desembarcando los pasajeros.

Apenas faltaban unos minutos para que el Piscis dejase de viajar por el hiperespacio, unas horas antes de aterrizar en la base de tránsito, y el salón principal de la nave estaba repleto.

Sentados junto a una mesita, Archie Comme y Trie-Tern cambiaban impresiones plácidamente. Archie tomaba su segundo combinado y Trie-Tern aún seguía con su primera naranjada.

—Sinceramente, nunca creí que mi jefe aceptase la desconcertante propuesta de ir a trabajar a Lero —dijo Archie terminando de apurar el contenido de su vaso.

Trie-Tern sonrió enigmáticamente y respondió:

—Debe conocer poco a su jefe, Comme. Yo estaba seguro que iba a aceptar una vez que recibiese por enlace hiperespacial los datos que le proporcioné.

—Y que por cierto aquello costó un buen pico. Pero usted se ofreció a pagar y no tuve inconveniente en perder mi tiempo y que usted desperdiciara su dinero —refunfuñó Archie—. Nunca imaginé, es cierto, que mi jefe me enviase un mensaje diciéndome que él marchaba para Lero y que allí se reuniría con nosotros.

—Su indiferencia, Comme, se debe a que no se molestó en

inspeccionar mis datos. De haberlo hecho, usted también hubiera ansiado ir a Lero, y no estaría ahora siempre de mal humor.

—Ya le he dicho muchas veces que durante estos interminables días de viaje podía haberme vuelto a proporcionar esos dichosos datos.

Trie-Tern

acentuó su sonrisa.

—Ya sólo nos quedan pocos días para llegar a Lero.

Allí, junto con su jefe, se enterará de todo.

Archie miró su vaso vacío y se preguntó si debía pedir otro combinado. Decidió que ya estaba bien por aquel día. Además, pronto sería el momento de comer. Quizá más tarde, durante el baile de cada noche artificial a bordo, volvería a tomar algunos más. Debía dosificarse convenientemente.

—Lero, Lero. Tiene gracia que hasta que usted no llegó a nuestras oficinas, nunca escuché hablar de Lero —murmuró Archie.

—Es lo más lógico. La Galaxia está llena de mundos desconocidos aún para nosotros. ¿Por qué iba a conocer Lero?

—Debe ser un planeta muy adelantado…

—¿Por qué piensa eso?

—De no ser así mi jefe, Burt Corrigan, nunca hubiera accedido a aceptar un contrato de trabajo allí. Debe tratarse de un proyecto muy importante lo que usted,

Trie-Tern

, se trae entre manos.

Trie-Tern

negó con la cabeza.

—La verdad es que yo apenas sé del proyecto. Soy, simplemente, un enviado de mis compatriotas.

Archie entornó los ojos y dijo:

—La otra noche estuve buscando libros que hablasen de Lero. Apenas encontré datos. Los escasos que obtuve solamente me dijeron que existe allí cierta anarquía, que la Tierra apenas si dispone de autoridad en los mundos que componen las Pléyades Negras. En Lero gobierna un individuo cuyo título es el rimbombante de Amo de la Guerra. ¿Quién es él?

El rostro de

Trie-Tern

se ensombreció.

—Funestamente para nosotros, los cricdos, llegó hace unos años a Lero. Hasta entonces habíamos logrado convivir, bien o mal, con los colonos llegados hace cerca de un siglo. Pero el Amo de la Guerra, Arh Manara, los reagrupó y nos expulsó a las montañas. Ahora sueña con terminar de aplastarnos.

Archie miró interesadamente al leriano.

—No me habló antes de eso. ¿Quiere decir que correremos peligro? Sus palabras indican que necesitan los servicios de Burt y míos para oponerse a… ese tal Manara.

Se tomó unos instantes el leriano para responder:

—En cierto modo, así es. Pero no debe preocuparse. Tanto su jefe como usted, gozan del Sello protector del Gran Imperio. Manara no se atreverá a tocar los cabellos de dos científicos de la Tierra. Al menos…

—Al menos…, ¿qué?

—Solamente correremos riesgos si Manara llega a saber lo que necesitamos de ustedes. Pero es difícil que lo averigüe antes de tiempo. Cuando lo sepa será tarde para él y sus esbirros.

—Esto me gusta muy poco —dijo Archie—. Le advierto,
Trie-Tern
, que advertiré de todo esto a Burt tan pronto como le vea.
Trie-Tern
se levantó. Estaba serio cuando dijo:

—Haga lo que le plazca; pero le anticipo que su jefe está decidido a cumplir con su ofrecimiento de ayuda. Ni una amenaza directa del Amo Manara le hará desistir de su empeño.

Tras un largo silencio, tenso, Archie dijo:

—Olvida una cosa,
Trie-Tern
.

—¿Qué es?

—Burt Corrigan no es omnipotente en su ciencia. En realidad él y yo somos socios. Nunca ha podido hacer un trabajo de importancia sin mi ayuda. Ni yo sin la de él —terminó confesando.

—En ese caso, el mismo Corrigan se encargará de explicarle cuál será el trabajo y, entonces, usted será el primer entusiasmado en acabarlo pronto.

Archie vio alejarse a Trie-Tern. Sorteando las mesas, llegó a la salida del salón y desapareció.

El terrestre se quedó pensativo. Recordó que cuando Trie-Tern acudió a su oficina queriendo ver a Burt nunca imaginó que el serio individuo, procedente de Lero, llegase a convencer a su amigo y jefe para que fuese a trabajar a un planeta desconocido, cuando tenía tantas y lucrativas propuestas de otros lugares más acogedores.

La Tierra seguía conservando el monopolio científico de la Galaxia y el corrupto Gran Imperio aún disponía de la suficiente clarividencia como para no dejar de proteger a sus científicos. En todos los planetas se sabía que un sabio de la Tierra era un ser intocable. No solamente fue una vez que las flotas imperiales castigasen duramente un planeta o una ciudad en donde uno de los hombres amparados por el Sello resultó víctima de violencia o desaire.

Ciertamente lamentaba ahora no haber leído los informes que le entregó el leriano y que él se limitó a enviar a Burt.

Corrigan contestó inmediatamente, ordenándole que acompañase a Trie-Tern de regreso a Lero y que allí él les estaría esperando. ¿Qué había visto Burt en los datos de Trie-Tern? Debía ser algo muy importante cuando Burt, una vez terminado su trabajo en un planeta poco alejado de las Pléyades, decidió ir a Lero en lugar de regresar a la Tierra donde le aguardaban unas merecidas vacaciones.

Los altavoces llamaron la atención del pasaje, anunciando que actualmente estaban navegando por el espacio normal y que dentro de tres horas aterrizarían en la base de tránsito.

Apenas calló la voz del informador cuando las luces vacilaron y durante unos segundos se encendieron las rojas de emergencia.

Archie sabía a qué se debía aquello y saltó de su silla. Otros pasajeros veteranos también conocían el motivo del cambio de luces y empezaron a ponerse nerviosos. Los que viajaban por primera vez fueron los que más serenamente se portaron porque no querían

pasar por novatos y fueron, precisamente, los que calmaron los nervios.

Pero la tranquilidad había huido del Piscis. En el puente de mando, el comandante no daba crédito a lo que le ofrecían las pantallas detectoras. Antes que se encendiesen los visores y pudiesen comprobar directamente los indicios que les mostraban las máquinas, uno de los más viejos oficiales dijo con voz demudada:

—Nos han detenido apenas salimos del hiperespacio. Un navegador que viajaba por primera vez a las estrellas inquirió:

—¿Quién nos detiene?

Sin poderse contener, el veterano oficial, ante la mirada recriminadora del comandante, respondió:

—Otra nave. Hacía años que no había piratas por estos espacios. Al parecer vuelven los viejos tiempos.

—Es absurdo —dijo el comandante—. No ha habido un asalto en muchos años.

Entonces funcionó la gran pantalla visora y todos pudieron ver cómo una nave negra tenía conectada una larga pinza con el Piscis. Aquel grueso cable estaba siendo utilizado por falúas de desembarco para aproximarse desde la desconocida nave a la de pasaje.

—Aún podemos huir —gritó alguien.

El comandante le escuchó, pero prefirió no responderle directamente. El mismo veterano de antes, mascullando maldiciones, dijo:

—Ya han tenido la previsión de inutilizar nuestros propulsores. Chico, estamos a la merced de esos tipos.

Las falúas se acercaban rápidamente. Entró en el puente de mando un oficial acalorado. Dirigiéndose al comandante a la par que decía:

—La alarma ha cundido entre el pasaje, señor. ¿Qué podemos hacer?

Después de un grave y largo silencio, el comandante respondió:

—Apenas disponemos de media docena de armas.

Y ellos deben ser muchos cuando deciden atacamos. Están seguros de lo que hacen. Incluso, gracias a su cercanía, habrán interferido nuestro enlace láser. No podemos pedir ayuda.

Suspiró y agregó:

—Es posible que se conformen con desvalijarnos. Siempre será mejor eso que arriesgamos a perder la vida. Recuerden, señores, que lo más valioso de esta nave es la vida del pasaje.

—¿Quiere decir que piensa permitir la entrada a esos piratas? —preguntó un oficial recién salido de la academia.

El comandante le miró paternalmente.

—Exactamente —respondió—. Si nos resistimos a abrir las esclusas sólo conseguiremos ganar unos minutos y que ellos se exasperen. Se pondrían más violentos.

«Dispongan que los pasajeros permanezcan todos en sus camarotes y que no cierren la puerta. Adviértanles que no deben resistir a los piratas y sí dejar que éstos se lleven cuanto deseen. La compañía les abonará todas las pérdidas».

Alguien le recordó:

—Llevamos más de dos millones de créditos, señor.

—Es algo bueno. Eso contentará a los piratas y desistirán de llevarse a alguien para pedir rescate. Además, no tenemos entre el pasaje a ningún personaje importante en el Gran Imperio.

Por medio de los altavoces se comunicó al pasaje con toda la serenidad posible lo que sucedía. Se les aseguró que nadie corría peligro si permitían que los piratas llevasen a cabo el saqueo que se proponían.

Archie se asombró de la calma que mostraron los pasajeros. Quizá era debido a que ninguno de ellos llevaba encima demasiado dinero y la seguridad de que la compañía abonaría lo que les robasen. Seguramente, algunos ya estarían pensando en declarar más tarde que la cantidad robada era superior a la real.

Entró en el camarote que compartía con
Trie-Tern
.

Archie encontró al leriano bastante tranquilo. Aquello le complació.

—Creí que el Gran Imperio ya había terminado con los piratas que acostumbraban a asaltar naves cuando salían del hiperespacio —dijo irónico
Trie-Tern
.

—El Gran Imperio no ha conseguido terminar con las situaciones

caóticas; más bien, éstas están acabándolo —gruñó Archie.

Luego se dirigió a su equipaje y empezó a sacar de él las cosas de valor. Reservó algunas que escondió no muy profundamente.

—¿Por qué lo hace? —preguntó intrigado
Trie-Tern
.

—No se conformarán si lo ven todo demasiado fácil. Pensarán que escondo algo y registrarán. Si lo encuentran pronto se darán por satisfechos —explicó Archie—. Confío que así nos dejarán tranquilos.

No muy convencido, el leriano inquirió:

—¿Tan confiado está en que nos dejarán seguir adelante?

—No lo sé —respondió el terrestre encogiéndose de hombros—. Esperemos que así sea. Otras veces ha sucedido así. La nave que no les ofrece resistencia tiene muchas posibilidades de seguir adelante. Es posible que alguno se encapriche de alguna dama y se la lleve —sonrió forzadamente—. Pero esa posibilidad no debe preocuparnos, ¿no?

—De todas formas no estoy tranquilo. Archie rió.

—Es lógico. ¿Quién puede estar tranquilo ahora en el Piscis.

El más intranquilo de todos los que estaban a bordo era el comandante. Y su intranquilidad creció enormemente cuando los piratas entraron por las abiertas esclusas y llegaron, antes que nada, al puente de mando.

La mayor parte de ellos no eran humanos. No se habían quitado sus escafandras espaciales. Los cascos eran totalmente transparentes y los oficiales y tripulantes sintieron cómo el hielo les recorría las venas cuando se fijaron en el rostro de varios de los piratas.

Sus rostros estaban cubiertos por una máscara metálica que parecía adherirse a la verdadera piel. Los ojos que asomaban por ésta eran fríos, despiadados. Pese a su inhumanismo, los piratas se movían con una agilidad pasmosa. En unos segundos tomaron los puntos claves del puente.

Entonces, uno de ellos, que carecía de máscara, se dirigió al comandante, diciéndole:

—Ha sido inteligente no ofreciendo resistencia. Pensó que no pueden recibir refuerzos a tiempo, ¿no?

El comandante asintió:

—Sí. Los listos han sido ustedes. Conocían el punto exacto donde mi nave iba a salir del hiperespacio.

Efron Dunn sonrió complacido detrás de su vítreo casco.

—Una nave está indefensa durante los minutos siguientes a su entrada en el espacio normal. Pero no perdamos el tiempo. Debemos marcharnos cuanto antes. Aunque no corremos peligro alguno, tenemos bastante prisa.

—Actúen libremente. He ordenado que nadie les oponga resistencia. Cojan lo que deseen y márchense. Les supongo enterados de que llevamos en la caja de seguridad dos millones de créditos.

—No. No sabía nada de eso, pero es interesante. No veníamos por dinero precisamente. De todas formas nos lo llevaremos. Gracias.

El asombro del comandante fue enorme.

—¿No les atrajo el dinero que llevamos? —preguntó—. ¿Qué buscan entonces?

Dunn miró al comandante fijamente. No pudo resistir la tentación de saborear el placer inmenso que sentía cuando, lentamente respondió:

—Nos interesa ustedes. Todos serán transbordados a mi nave.

—Está loco. Llévese el dinero y se evitará problemas —dijo, muy pálido, el comandante. Aún se aferraba a la esperanza de que aquel individuo bromease.

—Los hombres que viajan a bordo nos son más valiosos que todo el dinero que haya en la nave.

—No podrán vendernos como esclavos por esta zona…

—¿Quién les dijo que pretendo convertirles en esclavos? Dentro de poco serán otra cosa más útil: valientes guerreros como los que me acompañan. Y esconderán sus feos rostros para siempre tras una máscara de metal.

Entonces el comandante miró a los hombres armados.

Sintió miedo al ver sus caras ocultas tras aquel delgado metal brillante. Y, sobre todo, le aterrorizó aquel par de ojos gélidos, en los que se leía la más determinante decisión de obedecer, de matar.

CAPÍTULO V

Burt sostenía entre sus manos un lector portátil.

Desde hacía unos minutos no funcionaba porque sus pensamientos estaban muy distantes del contenido del libro.

A su lado, sobre una pequeña mesa, el café ya estaba frío. Hacía un buen rato que Yana había entrado en la terraza donde él descansaba y lo había dejado allí. Burt la siguió con la mirada cuando se marchaba y a partir de entonces perdió todo interés por el libro.

El comportamiento de aquella muchacha la desconcertaba enormemente. Si al principio, cuando la compró en reñida competición contra el Amo Manara, no tardó en arrepentirse de su incontrolado gesto, ahora se esforzaba por analizar una situación que cada día que pasaba se le antojaba más absurda.

Vivía en un mundo lejano, esperando la llegada de su amigo y colaborador Archie Comme, dispuesto a comenzar la más fantástica labor de su vida. Habitaba en una cómoda casa que alquiló el primer día que llegó a Lero y desde hacía unas semanas vivía con él bajo el mismo techo una hermosa muchacha, que siguiendo unas salvajes costumbres compró por una enorme cantidad de dinero.

En teoría, Yana era suya. Era dueño total de ella, incluso de su vida. Podía matarla y a nadie tendría que darle cuenta. Así eran las leyes sobre la esclavitud en Lero, y en otros muchos planetas de las Pléyades Negras.

Se había preguntado infinidad de veces por qué aquella mañana acudió a la subasta de esclavos. Cuando estuvo en ella se dijo que sólo estaba allí por curiosidad. Luego, al aparecer en el estrado Yana, él fue el primer sorprendido al darse cuenta que pujaba por ella.

Cuando regresó a su casa pensó que no había en la Galaxia otro hombre más estúpido que él. Se había atrevido a enfrentarse con el

Amo Manara por una simple esclava. Solamente su Sello le había salvado. Pero siempre, durante los sucesivos días, estuvo esperando alguna venganza del Amo de Lero.

Nada sucedió. Al parecer el Sello seguía siendo efectivo incluso en mundos tan pocos controlados por el Gran Imperio como lo eran los de las Pléyades Negras.

Yana se mostró sumisa desde el primer momento.

Sin que él se lo pidiese se hizo cargo de la comida y de su cuidado. Entonces Burt se sonrió pensando que posiblemente no había hecho tan mal al proporcionarse una tan hermosa compañía para su estancia en Lero. Yana podía hacérsela más agradable.

Pero después de unas semanas, Yana seguía siendo solamente una criada. Inexplicablemente, su condición no había pasado de tal.

Su trabajo y las mujeres bonitas habían sido siempre las dos debilidades más acentuadas de Burt. Desesperadamente, se preguntaba qué había podido suceder durante tantos días como para que él no se hubiera atrevido a tocarle un solo cabello.

Cuando Archie Comme llegase acompañado de
Trie-Tern
y le contase lo sucedido se iba a encontrar en una situación enojosa.

Abandonó sus divagaciones e intentó volver su atención al libro cuando Yana volvió a entrar en la terraza y le anunció:

—El señor Baoma desea verle.

Después de contemplarla unos segundos y decirse que algo extraño le estaba sucediendo cuando él no se había decidido aún a intentar besar aquellos deseables labios, respondió:

—¿Quién es?

—El más fiel lacayo de Arh Manara.

Yana nunca llamaba a Manara amo. Las pocas veces que se refirió a él lo hacía con visible desprecio.

—Hazle pasar —respondió Burt pensando que tal vez aquella visita le distrajese un poco. Su estancia en Lero empezaba a hacérsele monótona.

Baoma rechazó la bebida que le ofreció. Sólo aceptó sentarse frente a Burt y no se anduvo con rodeos, pues dijo de inmediato:

—Mi Amo Manara está muy interesado en usted, Corrigan.

—¿Debo considerar dicho interés como un honor o, por el contrario, debe preocuparme?

—A veces mi Amo Manara se pregunta cuáles son los motivos que le hacen permanecer en Lero.

—Cuando llegué no me preguntaron nada. ¿Por qué ahora?

Baoma, sin abandonar su impasibilidad, dijo:

—Usted goza de la protección del Sello del Emperador. Es algo que hace algún tiempo le ha protegido.

—Así lo creo.

—Por desear una concubina no debió enfrentarse a mi Amo en una subasta pública de esclavos.

—Entonces ignoraba quién era él.

—Es posible. Aquel mismo día mi Amo Manara estuvo a punto de olvidar que el Sello le protege.

Burt entornó los ojos. Sentía curiosidad por saber adónde quería ir a parar Baoma.

—¿Qué le hizo recuperar la memoria a Arh Manara?

Baoma se encogió de hombros.

—Tal vez la abundancia de mujeres que dispone, tal vez porque otros asuntos más importantes requirieron su atención.

—¿Acaso tenía Manara un especial interés por la muchacha? ¿No posee otras más bellas? Posteriormente me contaron que las mujeres más hermosas de Lero viven en su serrallo.

—Pero Yana es distinta.

—¿Distinta? ¿Por qué?

El asombro de Baoma no fue disimulado.

—¿No sabía que Yana es una cricdo?

—No, desde luego.

—¿No se lo ha dicho ella? ¿Ni ha descubierto en su comportamiento nada anormal que le haya inducido a realizar algunas investigaciones?

—No sé de qué me habla. Sólo sé que los cricdos son unas tribus…, digamos no del agrado de su Amo Manara. Viven en las montañas de forma precaria. Pero nunca me han interesado los problemas locales.

—Inteligente medida, Corrigan. Antes me referí a que mi Amo Manara se ha preguntado a menudo por qué lleva usted tantos días en Lero. Espera a alguien, ¿no es cierto?

—Nunca he ocultado que así es. Aguardo a mi colaborador Archie Comme, quien por cierto se demora bastante.

Baoma empezó una satisfactoria sonrisa, algo poco frecuente en él. En Lero se decía que cuando Baoma sonreía era más peligroso que en su habitual seriedad.

—Entonces creo que recibirá con agrado la propuesta de mi Amo Manara. Está dispuesto a pagarle la misma cantidad que usted dio por Yana.

—¿Por qué piensan que voy a venderla de nuevo?

—Simplemente, porque en la Tierra, donde usted habitualmente vive, la esclavitud no está reconocida. Al menos bajo la misma forma que la practicamos en Lero. Llevarse allí a la esclava Yana le supondría una serie de inconvenientes. Mejor será que la venda antes de marcharse.

—No pienso marcharme por ahora.

—Creo que lo hará. Nadie le obligará, desde luego; pero los motivos que le retenían en Lero ya no existen.

—Burt se levantó y miró fijamente a Baoma.

—Explíquese de una vez. Pensé antes que usted no era partidario de andarse con rodeos.

Baoma también se levantó.

—A Lero suelen venir con cierto retraso las noticias de más allá de las Pléyades Negras. Es lamentable que usted tenga que enterarse treinta días después que la nave donde viajaba su amigo Archie, la Piscis, se ha perdido.

—¿Qué dice? No puede ser…

—Así es. Ya no confían en encontrarla. Todos los pasajeros se dan por perdidos.

Burt estaba anonadado. No sabía qué decir.

—No tiene que esperar más. Le aconsejo, Corrigan, que venda a Yana a mi Amo. Lamentablemente, él aún está interesado en ella. Márchese.

Baoma se marchó dejando a Burt abatido. No podía creer que Archie estuviese muerto. Pero si una nave se perdía en el espacio todos sus pasajeros y tripulantes no tenían salvación.

No era frecuente que las modernas naves sufriesen accidentes en pleno trayecto. La Piscis era moderna y segura. Si había sufrido un retraso en su viaje de más de treinta días significaba que no cabía la posibilidad de esperar que estuviese averiada y retornase más adelante.

Yana entró silenciosamente en la terraza. Empezó a retirar el servicio. No dijo nada al hallar el café, frío, intacto.

Burt la miró. Recordó las palabras de Baoma. Sin Archie poco podía hacer en Lero. Con él debía llegar quien debía ponerle en contacto con el grupo que Trie-Tern representaba y que él desconocía por completo.

Además, sólo saliendo de las Pléyades podía realizar algunas investigaciones y asegurarse si no había posibilidad de encontrar a Archie.

Se marcharía inmediatamente de Lero. Aquel planeta le pareció entonces insoportable.

Pero quedaba Yana. Baoma tenía razón. No podía llevarla consigo. ¿Debía aceptar la posibilidad de recuperar su dinero? La cantidad era importante, pero no tanto como para que la echase en falta. Su fortuna era modesta, más suficiente como para olvidarse de la compra más inútil de su vida.

De repente, Burt tomó una determinación.

—¡Yana! —llamó.

La muchacha acudió pronto. Su sereno y bello rostro no denotó sumisión alguna cuando preguntó:

—¿Me llamó el terrestre?

—Sí. Tengo que hablar contigo.

Ella le respondió con un silencio, esperando sus palabras.

Burt se sentía sumamente torpe. No sabía cómo empezar.

—Yo ignoro muchas cosas de tu planeta —empezó diciendo—. No sé cómo funcionan los trámites que hay que hacer para libertar un esclavo. Me gustaría que…

Yana sonrió levemente.

—¿Intentas decirme que vas a ponerme en libertad? —preguntó con suavidad y a Burt no le pasó por alto el hecho de que, inesperadamente, le tutease.

—Sí… Exactamente. Voy a marcharme de Lero. Ya no hay razón para permanecer aquí. Como no puedo llevarte conmigo pensé que sería mejor libertarte que venderte al Amo Manara.

—Lamento mucho la desaparición de tu amigo Archie Comme. Y también la de Trie-Tern

—dijo muy seria la muchacha.

Burt abrió mucho los ojos.

—No sabía que te gustase escuchar por detrás de las puertas.

—Puedes estar seguro que no estaba escuchando. Simplemente, llegaron a mí las palabras de Baoma.

Entonces Burt cayó en la cuenta de que él nunca había comentado con Yana quién era el acompañante de Archie.

—¿Conoces a

Trie-Tern

? Ella asintió.

El terrestre tuvo un presentimiento y preguntó:

—¿Es de tu tribu?

—Sí.

Trie-Tern

es cricdo, aunque debíamos decir que era. ¿No ha desaparecido, que es lo mismo que decir que ha muerto?

—Sí, es cierto. Pero no me has respondido nada respecto a tu libertad. ¿No te agrada la idea de regresar con los tuyos?

—Es posible. Pero en Lero un esclavo nunca deja de serlo. Si su antiguo dueño prescinde de él pasa a ser propiedad del Estado, lo que es decir a poder del Amo Manara.

—Entonces habrá que pensar en algo efectivo —dijo Burt rascándose la barbilla.

Y volvió a sentarse en la silla, mirando por encima de la barandilla de la terraza cómo la ciudad se perdía en el horizonte. Cuando se volvió y se encontró con los ojos de Yana, creyó ver en ellos una chispa de ironía.

CAPÍTULO VI

Baoma se acercó lentamente y en silencio hacia Arh Manara, que observaba lleno de interés las perfectas evoluciones de los guerreros en el patio.

Eran los primeros cincuenta soldados enviados por Efron Dunn y el Amo de Lero estaba verdaderamente entusiasmado con ellos.

Se percató entonces de la proximidad de Baoma y, sonriéndole, dijo:

—Míralos, Baoma. Son mejores de lo que yo pensé.

Cuando tengamos los cien podremos enviarlos a las montañas. Ellos no descansarán hasta encontrar los cricdos y exterminarlos. No ocurrirá como otras veces con mi ejército regular, que aún siente demasiado miedo ante la magia de las tribus cricdos.

Baoma miró hacia abajo. Los guerreros luchaban entre sí, formando perfectos grupos de entrenamiento. Ahora usaban armas blancas y la perfección de sus golpes, amagos y paradas levantaban exclamaciones de asombro en Manara. Éste contó que anteriormente estuvieron disparando con varios tipos de armas y su destreza con éstas era insuperable.

—Y pensar que antes fueron humanos normales, incapaces de manejar con soltura armas de fuego o blancas —dijo Manara.

—¿Recuerda mi Amo que los guerreros sólo obedecen las órdenes de usted o mías? —Preguntó Baoma—. Los auriculares que llevan en los cascos analizan nuestros tonos de voz.

Manara frunció el ceño.

—Sé que no pueden quitarse la máscara, pero ¿qué les pasa sin casco?

Baoma sonrió tímidamente.

Ellos únicamente se desprenden de los cascos para asearse. Ya llevan grabadas en sus mentes una gran ansia de volvérselos a poner. Mientras carecen de ellos no obedecen una nueva orden de

nadie que contravenga a las recibidas anteriormente. Pero sus ojos también conocen a quienes saben que deben obedecer ciegamente.

Manara asintió. Emitió una sonrisa torva cuando dijo:

—A veces siento deseos de ordenar a uno de ellos que se vuele la cabeza de un tiro para comprobar hasta qué punto llega su ciega obediencia.

—Lo haría, no tenga la menor duda. Usted perdería un guerrero que cuesta mucho dinero. Los necesitamos para que exterminen a los cricdos.

—Ahora me recuerdas que te envié a ver al terrestre Corrigan. Cuéntame qué ocurrió.

—Me temo que no venderá a la esclava, mi Amo.

—¿Se marchará?

—Le vi muy abatido cuando le comuniqué la muerte de su amigo Archie Comme. Es seguro que se vaya pronto.

—No tendrá más remedio que dejar aquí a la chica. No puede llevarla a su planeta.

—Pero sí embarcarla y dejarla en otro planeta de las Pléyades Negras donde no podamos sacarla.

—En ese caso, Baoma, te ordeno que pongas hombres vigilando constantemente al terrestre. Si es preciso, que actúen y le arrebaten a la muchacha.

Baoma frunció el ceño.

—El terrestre dispone del Sello…

—Ya estoy cansado de su invulnerabilidad terrestre. No creo que el emperador ni su corrompida Corte se estremezcan porque un terrestre poseedor del Sello desaparezca. Necesito esa esclava a toda costa.

Viendo la mirada desaprobadora de Baoma, Manara se apresuró a añadir:

—No, no es lo que te figuras. Ya no la deseo como mujer.

—¿Puedo preguntarle para qué entonces?

Manara señaló los guerreros que incansablemente seguían ejercitándose en el patio de armas.

—Para ellos. Dunn nos ha asegurado que son insensibles a la magia o poder paranormal de los cricdos, ¿no? Pues deseo comprobarlo. Y la única cricdo que tengo en la ciudad es la esclava del terrestre.

Baoma asintió complacido. Por un momento había temido que sólo el deseo era lo que movía a su Amo a vulnerar la protección del Sello.

—Esta noche tendrá mi Amo a la esclava Yana. ¿Seguro que no le preocupa la suerte que pueda correr el terrestre?

Manara no pudo evitar pensarlo dos veces. Pero luego dijo decidido:

—No. Si ocurre una investigación, que lo dudo, diremos que el terrestre se marchó. Ya arreglaremos las cosas para que se crean la mentira.

CAPÍTULO VII

Cuando Burt regresó a la casa no tenía la menor duda que ésta era vigilada.

Como el puerto estelar estaba a unos cincuenta kilómetros de la ciudad había alquilado un vehículo, que luego se encargarían sus propietarios de recoger. Lo dejó delante de la puerta. Ignorando la presencia de quienes la vigilaban, entró despreocupadamente en ella.

Encontró a Yana terminando de empacar sus pertenencias. La muchacha disponía de copas, que colocó en el interior de una pequeña valija.

—Saldremos en seguida —dijo Burt.

Ella miraba por la ventana y respondió:

—Están esperando a que salgas para entrar y apoderarse de mí.

Burt asintió pensativo.

—Lo sé —dijo—. Pero les dejaremos chasqueados. Esperaron a que anocheciera. Burt había adquirido dos pasajes para aquel mismo día. Uno para dentro de dos horas y otro para una nave que partía en las primeras horas de la mañana. Confiaba, al menos, en abordar la segunda, después de dejar a Yana en lugar seguro y para ella sólo eran seguras las montañas en aquel planeta.

Llegaron las primeras sombras y sorprendieron a Burt fumando junto a la ventana, mirando el vehículo alquilado. Se preguntaba cómo iba a burlar a los esbirros del Amo Manara.

—Es casi la hora, Burt —dijo Yana que se había acercado a él sigilosamente.

Burt no pudo evitar un sobresalto. Al volverse se encontró con el rostro de la esclava. La luz de las dos lunas de Lero daba en él, otorgándole un encanto especial.

No pudo contener sus impulsos y se encontró besándola. La muchacha ni ofreció resistencia ni colaboró. Burt la encontró fría

como una estatua de mármol y pronto se retiró. La ausencia de luz fuerte evitó que ella notase su palidez.

—Sí, nos iremos ya —dijo roncamente.

Tomó las maletas y se detuvo cuando caminaba hacia la salida. Su voz parecía sorprendida al decir:

—Es curioso. Todo el día he estado seguro que podremos salir sin que los hombres de Manara nos lo impidan. Pero ahora me pregunto qué es lo que me hace pensar así. Lo lógico será que ellos, al ver que intento llevarte, me arresten junto contigo, ¿no?

Yana sostenía su pequeña valija y se limitó a decir:

—Sal. No te preocupes. No nos detendrán.

Y Burt salió.

La muchacha salió y el terrestre, con la pequeña porción de su mente aún libre, pensó débilmente que empezaba a enloquecer.

Anduvieron por la calle los pocos metros que les separaba del coche. A escasa distancia de éste, dos lerianos vestidos de civiles estaban junto a él. Burt sintió deseos de correr. Pensaba que no tendría ocasión de alcanzar el vehículo.

Al detenerse, sintiéndose incapaz de proseguir, notó que Yana le empujaba suavemente.

Llegaron hasta el vehículo. Mecánicamente, Burt extrajo las llaves y abrió la portezuela, dejando que Yana entrase primero.

Cuando él hubo cerrado tras sí, miró a los hombres.

Un rayo de luz de los satélites le permitió por un instante fijarse que los ojos de éstos estaban en blanco.

—¿Qué les pasa? —preguntó mientras ponía el motor en marcha y empezaba a acelerar.

—No te intereses en ellos —le recomendó Yana—. Vámonos.

Burt tuvo que pasar por la parte posterior de la casa para tomar la carretera conveniente. Entonces también vio a más hombres de Manara, inmóviles, que ni siquiera movieron un músculo cuando pasaron delante de ellos.

—Es… extraño —murmuró Burt.

Se sentía como atontado. Tenía todas sus facultades intactas para conducir el vehículo por las estrechas calles de la ciudad. Pero para nada más. Cuando quería pensar en su regreso a la Tierra, después de dejar a Yana en lugar seguro, sentía el cerebro embotado.

Pronto estuvieron en la carretera principal amplia, y Burt pudo conectar los propulsores. El vehículo se elevó, volando a una altura de unos cien metros. El tráfico era casi inexistente.

Quince minutos más tarde pasaron cerca del puerto estelar. Brillaba en la noche. Una nave salió despedida a las estrellas. Burt se preguntó qué interés especial tenía él en las naves estelares. Se respondió que ninguno, que no sentía el menor interés en dejar Lero.

* * *

Baoma comunicó al Amo Manara la noticia.

La reacción de éste fue más violenta de lo que temió Baoma. Manara juró que ejecutaría a cuantos estuvieron vigilando la casa del terrestre y permitieron que éste, junto con la esclava, se les escapase.

El fiel Baoma, pese a la veneración que sentía hacia su jefe, no pudo evitar salir en defensa de los hombres que acusaba Manara.

—La esclava no es una cricdo sin poderes paranormales como usted creyó. Ella dominó a los hombres. Cuando recuperaron el sentido no recordaban nada. No son culpables.

Manara arrojó un bello jarrón al suelo, donde se estrelló en mil pedazos y gritó:

—¿Qué sabes tú si son culpables o no? Tal vez lo seas tú. Te ordené que me trajeses esta noche a la esclava. ¿Y qué me traes? ¡Sólo malas noticias!

Baoma palideció. No respondió.

—Es una burda excusa decir que la esclava posee poderes paranormales, como tú llamas a la magia de esos malditos —siguió diciendo Manara—. Si los tenía, ¿por qué se dejó apresar y vender como esclava? ¿Por qué permaneció muchos días sin intentar escapar?

El otro se mordió los labios y preguntó:

—Si tan seguro está que no es una paranormal, ¿por qué quería utilizarla para probar que los guerreros enviados por Dunn son invulnerables a la magia de los cricdos?

Manara dejó de caminar por la habitación como una fiera enjaulada. De pronto sintió miedo. En muchos años, era la primera vez que Baoma se atrevía a espetarle. Aquello no le gustaba. En

seguida comprendió que no debía dirigirse en tono tan duro a su más fiel servidor. Por un momento olvidó que cada hombre tiene un límite de paciencia.

—Lo siento —dijo queriendo dar cierta humildad a sus palabras —. Olvidé decirte que aunque no puedan ejercer sus poderes, los cricdos, paranormales o no, pueden rechazar un ataque de alguien que verdaderamente pretenda hacerles daño. Es algo como nuestro sentido de la conservación. ¿Tú no reaccionas de forma fulminante, aumentando la rapidez de tus reflejos gracias al exceso de adrenalina cuando comprendes que la situación es peligrosa? Pues algo similar ocurre con los cricdos. Yana hubiera reaccionado como una paranormal de aptitudes aceptables al comprender que los guerreros pretendían hacerle daño.

Baoma inclinó la cabeza. Comprendía que había hablado a su amo con cierta incorrección y estaba pesaroso.

—¿Seguro que sólo deseaba a la esclava para someter a los guerreros a la prueba?

Manara miró confuso a Baoma. A veces no le comprendía. Pero no era aquél el momento de intentar descubrir algo que no le había preocupado en muchos años.

—Naturalmente que no —respondió queriendo dar a su voz una seguridad que no sentía—. ¿Pero a qué viene esto ahora? ¿No tenemos otros asuntos entre manos más importantes que hacer preguntas estúpidas?

—Mi amo tiene razón. Perdóneme. ¿Qué me ordena? Manara tomó un pequeño puñal de encima de la mesa y lo clavó con furia en el tablero de rica madera, diciendo:

—Es posible que Corrigan intente sacar a Yana del planeta; pero también es posible que pretenda hacer otra cosa muy distinta.

—¿Como por ejemplo?

—No lo sé. De lo que estoy seguro es que debemos vigilar no solamente el puerto estelar, sino también los caminos que conducen a las montañas donde se refugian las tribus cricdos.

Baoma no pudo por menos que mirar extrañado a su amo.

—Me temo que no le comprendo del todo.

—Creo que yo tampoco veo todo esto muy claro tampoco. No sé qué pensar. Estoy un poco desconcertado. A veces creo que la presencia del terrestre en Lero se debe a unos motivos más

importantes que las vagas explicaciones que nos dio a su llegada. ¿Para qué esperaba a Archie Comme? ¿Por qué decidió marcharse tan pronto como supo que pereció en un accidente estelar?

—Bueno, lo de su marcha se lo sugerí yo. ¿Olvida que aprovechamos ese hecho para hacerle que se marchase de una vez?

—Es verdad. Pero es inconcebible que proteja con tanto celo a la esclava, que compró en franco desafío a mi jerarquía y gracias a la protección que le otorga el Sello. ¿Por qué ese interés en Yana? A no ser que…

Baoma enarcó las cejas interrogadoramente, esperando que Manara terminase la frase.

—A no ser que Yana tenga un nivel paranormal muy superior a lo que siempre presumimos y sea ella la que esté dominando la situación.

Después de un silencio, Baoma contestó:

—Es posible. Daré las órdenes oportunas para que vigilen todos los caminos que llevan a las montañas.

Con cierto pesimismo en su voz, Manara replicó:

—Me temo que sea inútil.

—¿Por qué?

—Tal vez porque me figuro que todo lo que está sucediendo sea producto de un plan elaborado minuciosamente por los cricdos. Ellos deben tener atados bien todos los cabos.

—Le encuentro muy pesimista, mi amo.

—Sí, es posible. Al menos disponemos de los guerreros proporcionados por Efron Dunn. Tan pronto como los tengamos a todos, los enviaré a las montañas.

—Efron prometió completar el envío antes de otro mes.

—Ojalá siga cumpliendo sus promesas.

—Tuvo dificultades hace unas semanas para preparar nuevos guerreros, pero ahora parece que dispone de suficiente reserva de lo que él llama materia prima.

Manara recuperó el puñal clavado en la mesa y empezó a sonreír.

—Estoy seguro que se dará prisa por terminar el pedido. Estará deseando cobrar. Entonces es posible que recoja sus ganancias de una forma que no ha podido pensar.

Y Baoma se contagió de la ironía de su amo y sonrió también.

CAPÍTULO VIII

Burt Corrigan siempre recordaría la huida de la ciudad a las montañas como los momentos más confusos de su vida.

Durante las horas que estuvo en el vehículo alquilado acompañado de Yana sólo quedaron como recuerdos en su mente restos inconexos de la persecución a que estuvo sometido por las unidades del amo Manara. Pero él había escogido un coche veloz y pronto, antes que pudieran abrir fuego contra él, los dejó muy atrás.

Cuando las naves de guerra de Manara se pusieron en acción, Burt había alcanzado el macizo de abruptas montañas, donde los cruceros no podían maniobrar. Entonces pudo considerarse a salvo relativamente.

Pero Baoma había previsto que Burt burlase la vigilancia aérea y previamente había desplazado allí algunas unidades de infantería que, apostadas en los altos de los enormes cañones, aguardaron el paso del vehículo provistas de cañones de largo alcance y amplio fuego.

Por más esfuerzos que Burt realizó siempre, nunca pudo reconstruir certeramente los recuerdos de aquellos momentos de peligro.

Alguna que otra vez, Yana le contó que los soldados de Manara consiguieron averiar seriamente el vehículo y ellos tuvieron que tomar tierra a pocos kilómetros de sus perseguidores.

Salieron ilesos del duro encontronazo y sumido casi en sueños, Burt se encontró corriendo y siguiendo a Yana por sendas sólo adecuadas a animales montañeros.

Pronto sintieron detrás el ruido que producían los soldados al perseguirles. El terrestre, en medio de su estado semiinconsciente, podía comprender que tenían pocas posibilidades de eludir la persecución. ¿Cómo iban a escapar en un terreno que les era totalmente desconocido?

Pero Burt estaba completamente equivocado.

Habían llegado a un lugar que les cortaba el paso un profundo abismo. Los soldados empezaban a aparecer muchos metros atrás. Se debieron dar cuenta de su situación y aceleraron la marcha.

Entonces ocurrió lo que terminó con las mermadas fuerzas y facultades mentales de Burt.

Los hombres de Manara parecieron chocar con un invisible muro. Luego, uno tras otro, fueron cayendo al abismo sin proferir un solo lamento, un solo grito de desesperación ante el inexorable fin. Fueron como títeres manejados por un malévolo ente.

Burt, después de aquello, se sumió en un reconfortante sopor y sólo volvió a abrir los ojos mucho tiempo después. Nunca pudo saber cuántas horas o días estuvo inconsciente, pues nadie se preocupó de aclararle tal detalle.

Yana estaba a su lado cuando despertó.

Vestía de forma masculina y su mirada no poseía ya el extraño embrujo anterior. Sus ojos miraban con fijeza y estaban saturados de decisión.

Simplemente, saludó:

—Hola, Burt. Bienvenido.

El terrestre parpadeó varias veces y miró en su torno.

Las gentes que le rodeaban le parecieron a primera vista vulgares, pero algo en su interior le gritaba que no lo eran.

¿Qué le había pasado?

Tal pregunta no cesaba de formulársela y ansiaba recibir una respuesta adecuada. Miró a Yana fijamente, queriendo expresar silenciosamente su curiosidad. Aún se sentía incapaz de proferir palabra alguna.

Yana tomó una vasija y la acercó a los labios de Burt.

—Bebe —pidió—. Haré que te recuperes en seguida. El terrestre no dudó en ingerir aquel líquido blanco y espeso. Parecía leche, pero pronto percibió un sabor extraño, suave y agradable pese a todo.

Uno de los hombres que le observaban se acercó. Inclinándose, preguntó:

—¿Empiezas a notar mejoría, muchacho? —Era viejo, de rostro sonrosado y muy rasurada la barba. Debía afeitarse todos los días. Burt no se explicó por qué no se había depilado definitivamente.

Recordó que debía intentar hablar y dijo:

—Creo… que sí. ¿Dónde estoy?

—Donde debías estar —replicó Yana.

Burt arqueó las cejas.

—La verdad es que nunca he sabido dónde debía ir en este planeta. Trie-Tern era quien debía guiarme.

El viejo se sentó en la cama y respondió sonriente:

—Somos nosotros quienes te estábamos esperando, Burt Corrigan. Trie-Tern, lamentablemente, ya no podrá volver.

Burt sintió que la cabeza le daba vueltas. Intentó sentarse y sintió mareos. Dos hombres acudieron a sostenerle. Cuando volvió a abrir los ojos se encontró mucho mejor. La medicina que Yana le había entregado parecía que empezaba a hacerle efecto.

—Necesito que me digan dónde estoy y quiénes son ustedes —dijo Burt.

—Puedes llamarme Gen-Gogan, muchacho —dijo el viejo—. Con placer te pondré al corriente de todo. Pero primero debemos comer. Yo tengo apetito, y estoy seguro que tú tendrás más, ¿no es así?

Repentinamente, Burt sintió una coz en el estómago.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —preguntó calculando que el hambre que sentía se debía a que hacía más de unas horas que no probaba bocado alguno—. Dos días.

—¿Tanto tiempo? ¿Qué me sucedió realmente? Gen-Gogan repuso hartamente risueño.

—Primero deberás llenar ese saco vacío que tienes ahora por estómago. Luego llegarán las explicaciones.

Todas las personas, excepto Yana y Gen-Gogan, se quedaron en la habitación. El anciano precedió al terrestre a lo largo de un corredor por el que se cruzaban con muchas personas, que dirigían a Burt interesadas miradas. Yana caminaba a su lado y el terrestre la observaba. Primero lo hizo disimuladamente y luego abiertamente.

—Pese a que las ropas masculinas no te favorecen nada, estás más bonita que cuando eras mi… esclava —dijo Burt y en seguida

rectificó—. Perdona. No debí recordarte que te compré.

Ella se volvió un poco para mirarle, sonreír y decir:

—Así debía ser.

—No te comprendo… Explícate.

—Nada. Es que siento curiosidad por saber si tú hubieras sentido deseos de comprarme de todas formas.

La parte derecha del corredor se abría en grandes ventanales a través de los cuales se veía el agreste paisaje montañoso. Burt aminoró un poco el paso. Cogió a la muchacha por el brazo.

—¿Pretendes insinuarme que gasté mi dinero porque tú…?

Yana le indicó silencio llevándose el índice a los labios. Estaban entrando en una amplia habitación. La decoración no se parecía a la un tanto extravagante moda de la Tierra. Ni siquiera se asemejaba a la que había visto en otras casas de la ciudad. Era particular, con marcada personalidad.

Gen-Gogan indicó al terrestre una mesa llena de viandas.

—Siéntese —dijo—. Si es partidario de la comida natural, la nuestra será de su agrado. ¿Tiene algo en contra de las proteínas animales?

Burt olió el grato aroma que salía de la carne asada y negó con la cabeza, recordando su estancia en Bhrtitolh, un planeta en donde la caza y los pastos abundaban. Allí comió más carne en tres meses que en toda su vida y se aficionó a ella. Aquél era un lujo que en la Tierra uno no podía prodigarse a menudo.

Se sentaron en cómodas sillas. Yana cogió una jarra y escanció vino rojo en altas copas de fino cristal, mientras Gen-Gogan explicaba:

—Nuestros hombres son aficionados a cazar unos antílopes que habitan en unas mesetas cercanas. Este asado procede de un ejemplar que me regalaron unos jóvenes esta misma mañana. Decidí que lo prepararan para usted.

Burt preguntó gravemente:

—Ya sabías que me gustaba la carne —tuteó al viejo porque pensaba que aquélla era la costumbre local—. Me preguntaste solamente por afán de seguir un viejo protocolo, ¿no?

Gen-Gogan sonrió complacido.

—Eres listo. Lo sabía; pero no creí que tan pronto empezaras a darte cuenta de lo que te rodea.

—No estoy seguro todavía de nada. Mi impaciencia es grande por saberlo todo.

—Come primero. El vino está frío; no dejes que se caliente.

Burt comprendió que nada sacaría al viejo mientras comía. Decidió armarse de paciencia y atacó con ansia el apetitoso asado.

Luego una muchacha trajo una gran cantidad de frutas en una amplia fuente dorada. Yana vertió un poco de licor verde en una pequeña copa que puso en las manos de Burt.

—¿Menta? —preguntó el terrestre. Yana negó con la cabeza y dijo:

—Sólo el color se le parece. Bébelo.

Burt ingirió el líquido verde. Al principio no le notó sabor alguno. Luego, cuando llegó a su estómago repleto, un gran calor inundó su cuerpo y temió haberse puesto colorado.

—Te ayudará a hacer la digestión —explicó Yana bebiendo otra copa similar.

Entonces el terrestre se volvió interrogadoramente hacia el anciano. Gen-Gogan comprendió lo que Burt esperaba. Después de emitir una sonrisa, dijo:

—Nuestra alegría por verle aquí se ve disminuida grandemente a causa de la desaparición de nuestro fiel colaborador Trie-Tern y su socio Archie Comme, Corrigan.

El semblante de Burt se ensombreció.

—Me siento un poco culpable de su muerte. Al recibir sus noticias, le dije que marchase con Trie-Tern a Lero. No debí haberle pedido tal cosa, pero sus datos me entusiasmaron tanto que no dudé en ponerme en camino para trabajar en un proyecto que algunas veces me parecía absurdo y otras lo más importante que por mis manos había pasado en toda mi vida.

Gen-Gogan asintió.

—Comprendo tu interés, Corrigan. Al ver que tardabais en reuniros con nosotros en las montañas, enviamos a Yana. Ella se dejó capturar por los hombres de un mercader de esclavos. Luego te hizo que pujaras por ella. Yana temió por un momento que terminaría en poder del amo Manara, pero tú fuiste capaz de

disputársela a él.

—¿Por qué hicieron todo eso?

—Yana debía permanecer a tu lado hasta que nuestras sospechas de la desaparición de
Trie-Tern
y Comme se confirmaran. Entonces debía traerte a nuestros refugios. Es todo.

Burt se volvió para mirar un tanto asustado a la muchacha.

—Así que esta hermosa hembra me dominó hasta tal punto que evitó que yo pusiera mis manos sobre ella durante semanas. Además, luego me hizo huir con ella. ¿Quién arrojó al abismo a los soldados que estuvieron a punto de darnos alcance?

—Fueron nuestros más eficaces hombres —dijo Gen-Gogan—. Ya estabais cerca y acudieron a tiempo de socorreros.

—Entonces estoy en el país de los magos y las brujas, en medio de los entes malévolos que teme tanto Manara y su pueblo —dijo sarcástico Burt mirando la estancia.

—Sabes perfectamente que nada más somos un pueblo de paranormales —respondió Yana haciendo un mohín disgustado—. No existe tal brujería si no es en las mentes taradas de la mayoría de los nuevos habitantes de Lero, que poco a poco nos fueron expulsando de los ricos valles hasta las montañas.

—Escúchame, terrestre. Voy a contarte una breve síntesis de nuestra historia. Los paranormales nunca hemos sido bien vistos en ninguna parte de la Galaxia. Según el grado intelectual de los pueblos, así hemos sido tratados. En donde la ignorancia imperaba, nuestros compañeros fueron quemados en hogueras o ahorcados. En otros mundos civilizados fueron comprendidos, pero odiados más intensamente si cabe porque fueron temidos. Nunca quisimos hacer daño y siempre pretendimos vivir en paz.

»Cuando nuestros antepasados llegaron a Lero en los comienzos de la Primera Era, pudieron convivir con las demás tribus, que aunque desde el primer instante nos tildaron de brujos, nos aceptaron porque siempre ofrecimos nuestra ayuda desinteresada.

»Los cricdos de Lero siempre fueron estimados por todos, hasta que llegaron las últimas emigraciones del centro galáctico. Ellas nos trajeron lo peor de la Galaxia. Para contenerlos tuvimos que usar nuestros poderes. Mientras fueron débiles nos respetaron, pero

cuando su número les dio confianza, se unieron para exterminamos. No pudieron conseguirlo porque antes huimos a las montañas. Desde aquí tuvimos que presenciar doloridos cómo Manara y sus asesinos destrozaban nuestra vieja labor. Todas las tribus fueron diseminadas, expulsadas de sus valles. Manara quería suprimir en ellas todo sentido de propiedad. Quería, en resumen, meterles en la cabeza que en Lero existía un Señor de la Guerra: El Amo Manara.

»Y lo ha conseguido. Nuestros viejos aliados han llegado a olvidar la ayuda que siempre les dieron los cricdos. Ahora están del lado, los que quedan, de Manara».

—¿Qué pretende Manara? —preguntó Burt.

—El sabe que mientras existamos escondidos en las montañas no podrá acabar con nosotros ni dedicarse a otras aventuras bélicas. Sueña, porque el eran Imperio está corrompido y no hace caso de las Pléyades Negras, en apoderarse poco a poco de varios planetas, que son más débiles que Lero. Luego, cuando reúna suficiente poder, será el amo de este conglomerado estelar. Tal vez sueñe también con hacerle la sombra al Emperador.

—No podrá vivir tanto como para lograrlo —comentó Burt.

—Por eso tiene prisa en acabar con el pueblo cricdo. Además, sospechamos que Manara sabe que estamos proyectando algo grande, capaz de acabar con su poder. Por suerte no sabe que para conseguirlo contábamos contigo y… Archie. Ahora te tenemos a ti.

«Manara también se ha dado prisa y se gastó una pequeña fortuna en adquirir un pequeño ejército de robots humanos a Efron Dunn. Con ellos confía en sacarnos de nuestros refugios inaccesibles para sus tropas regulares y aniquilarnos».

—¿Qué es eso de robots-humanos? —Preguntó Burt—. Nunca escuché algo parecido.

—Algunos científicos huidos de la Tierra los fabrican. Usan personas sin familia de muchos planetas, humanos y humanoides, desheredados de la fortuna… y esclavos. Después de varias operaciones quirúrgicas esos soldados están dispuestos a morir luchando, convertidos en máquinas de destrucción. Sus cerebros son casi aniquilados. Se les deja el suficiente para que puedan realizar sus funciones físicas más vitales.

—Es monstruoso.

—Exacto. Así es. Muchos reyezuelos y tiranos suelen comprar

estos soldados. Tenemos entendido que Efron Dunn es el principal fabricante de soldados-robots. A él compró Manara un buen número para desalojarnos de las montañas. Sabemos que sus mentes no pueden ser afectadas por nuestras defensas paranormales naturales. Ya no solamente necesitamos de tu colaboración para triunfar sobre Manara y su legión de ambiciosos, Corrigan, sino para, sencillamente, sobrevivir.

—¿Qué es, concretamente, lo que necesitan de mí?

Sólo conozco superficialmente los datos. Nada sé exactamente.

Gen-Gogan aspiró profundamente.

—Se trata de un amplificador de nuestras ondas mentales, Burt. Un aparato que impulse y distribuya nuestras emanaciones telepáticas por todo el planeta.

—Y el fin es…

—Sí. Dominar a nuestros enemigos, alcanzar la victoria sin derramar sangre. Tenemos que anular el peligro que se cierne sobre Lero. Manara no es de este planeta. Lo utiliza, junto con sus gentes, para alcanzar sus ambiciones. A él le importa poco que, si pierde la guerra, sea destruido por sus enemigos de las Pléyades. Empero, Lero pertenece al pueblo cricdo y a las demás tribus nativas. Con el amplificador mental podemos dominar a los belicistas. En pocos años nadie se acordará de que una vez existió el Amo Manara. Incluso él vivirá mezclado con la multitud sin acordarse de quien fue una vez.

Burt estaba intensamente pálido.

—Ese amplificador supondría un arma terrible. Quizá vosotros tengáis razón y sólo la queréis para sobrevivir y devolver a Lero su paz de antaño. Pero con esa arma también se puede conquistar un imperio.

Gen-Gogan negó con la cabeza enérgicamente.

—Nunca lo haríamos. Somos un pueblo amante de la paz. Hemos tenido siglos para conseguir lo que tú temes que podamos hacer si nos dejamos llevar por la ambición. Los nuestros están ocultos en varios planetas de la Galaxia. Lero no es sólo morada de los cricdos. También nuestros hermanos, fugitivos siempre del temor de sus semejantes carentes de poderes, están en Dhream, Khrisdal y otros planetas casi ignorados por todo el mundo, queremos vivir en el incógnito. Nada más.

Burt se rascó la barbilla pensativo.

—El proyecto es… extraordinario. Siempre he opinado que la mente humana puede ser ayudada por medios mecánicos. Sus esquemas me hicieron pensar firmemente en tal hipótesis. Ahora estoy seguro de conseguirlo. Mejor dicho, lo habría conseguido de no haber perdido a Archie Comme. ¿Olvidé decirles que él era mi mano derecha? Me temo que sin su ayuda poco podré hacer.

Entonces Gen-Gogan y Yana se miraron irónicos.

—Tu mente, Corrigan, padece de una pequeña desviación natural en todos los que dependen de un fiel colaborador para trabajar. Crees, conscientemente, que sin la ayuda de Archie te será imposible construimos el amplificador, ¿no es así?

—Desde luego. Y es la verdad. Archie y yo nunca pudimos hacer nada importante separados. Siempre trabajamos en equipo.

—No es nada más que una errónea manifestación de solidaridad con el compañero de trabajo. Estamos seguros que podrás trabajar sin Archie con la misma efectividad que si él estuviera a tu lado —aseguró Yana.

Él la miró fijamente.

—¿No te burlas? —preguntó.

—No, desde luego. Nada más tenemos que someterte a un ligero tratamiento. Además, nos lo agradecerás, puesto que a partir de entonces tu cerebro se sentirá más ligero, capaz de razonar con mayor rapidez.

—Es posible que consigáis mejorar mi memoria y reflejos —admitió Burt—. Pero me pregunto si podré trabajar aquí. Necesito un gran equipo, computadores, ayudantes…

—De todo tenemos —sonrió Gen-Gogan—. Desde hace tiempo hemos estado reuniendo todo lo que hemos pensado que necesitarás, amigo.

—Me gustaría inspeccionarlo.

—Yana te acompañará.

La joven se incorporó e indicó a Burt la salida. Gen-Gogan no les siguió. Antes que salieran de la estancia, dijo el anciano al terrestre:

—Si estás conforme con lo que veas y aceptas ayudamos, Yana te someterá al tratamiento hoy mismo. Queremos que comiences a trabajar mañana.

Burt se volvió sorprendido.

—¿Es tan inminente la amenaza? Gen-Gogan asintió.

—Más de lo que puedas figurarte. No me extrañaría nada que los soldados-robots de Manara estuvieran rastreándonos por las montañas antes de tres o cuatro semanas.

El terrestre siguió a la bella Yana a través de un largo corredor practicado en plena roca granítica pensando si no había cometido una grave equivocación al marchar a Lero.

Pero la figura cimbreante de Yana le dijo que al menos no era malo todo lo que allí había. En seguida recordó los días pasados en la ciudad y se dijo que, sin permiso de Yana, no podía pensar siquiera en ella como una posible conquista.

CAPÍTULO IX

Si los laboratorios y talleres eran aptos y de plena satisfacción de Burt, sus temores respecto a la capacidad de sus futuros ayudantes pronto se disiparon.

Todos eran jóvenes y bastante bien entrenados. Los elementos disponibles, aunque no abundantes, eran completos, y el ordenador una maravilla. Burt se preguntó de dónde sacaron los cricdos tanto y tan buen material. Pero teniendo en cuenta sus cualidades paranormales y la propia experiencia sufrida, aquella cuestión no debía extrañarle lo más mínimo.

Gen-Gogan y Yana no le exageraron cuando le aseguraron que tras un tratamiento hipnótico, sus antiguas reservas de trabajar sin la colaboración de Archie desaparecerían. Sólo recordaba que Yana, ayudada por otros dos cricdos, le durmieron. Despertó horas después, con la mente totalmente despejada, fresco y deseoso de trabajar.

Al principio no notó nada más fuera de lo normal, pero cuando comenzó a trabajar comprendió que las ideas acudían a su mente más rápidamente. Resolvía problemas, que antes le atormentaban, con una sencillez que incluso llegó a asustarle.

Así, no se extrañó lo más mínimo cuando, diez días después, comprendió que el trabajo estaba muy adelantado. Tal vez, demasiado. Se preguntó si tal ligereza no iba a alterar sustancialmente el resultado que buscaban.

—En unos días estará listo el amplificador mental —dijo Burt a Gen-Gogan durante una de las frecuentes visitas de este último a los talleres—laboratorios—. Confío en que nuestros estudios hayan sido correctos y no nos llevemos una decepción.

Gen-Gogan observó la gran máquina, que en breves días una legión de técnicos habían levantado en medio de la gran estancia.

—¿Será preciso moverla de aquí? —preguntó.

—No —replicó Burt—. Podrá trabajar desde este mismo lugar. El mayor problema que teníamos era la propagación de las ondas y lo hemos resuelto de forma simple. Manara se moriría del disgusto si supiera que pensamos utilizar su sistema de satélites de comunicación para el amplificador.

—Eso era algo que nos preocupaba, muchacho —asintió Gen-Gogan—. Tú has encontrado con facilidad la solución. Nosotros comprendimos que para llevar a feliz término nuestro proyecto necesitábamos la colaboración de un ingeniero terrestre. Nuestros espías estudiaron a cientos hasta que decidimos llamarte a ti. Te pagaremos bien.

En aquel momento entró Yana, y Burt la miró fijamente. Estaba trabajando a gusto y poco le hubiera importado no cobrar, pero le habría agradado incluir a la muchacha dentro del pago.

—Hola —dijo Yana acercándose a ellos. Su rostro carecía de la normal alegría que había mostrado desde que llegó a las montañas. Parecía ser otra vez la ausente muchacha esclava—. Traigo malas noticias, Gen-Gogan.

—No serán muy malas cuando pierdes el tiempo trayéndolas personalmente —sonrió Gen-Gogan.

Burt recordó que la mayoría de los cricdos eran telépatas y por medio de la mente solían comunicarse.

—No son urgentes, pero sí funestas —replicó Yana. Quería que el terrestre se enterase al mismo tiempo que tú.

—Me asustas, Yana. ¿De qué se trata?

—Naves del Amo Manara acaban de aterrizar en las montañas. Muchos soldados han descendido de ellas. Usan voladores individuales. En grupos de dos se han esparcido en todas direcciones.

—Nos buscan, ¿eh?

—Sí, indudablemente.

—Tardarán semanas en encontrarnos. Quizá meses. Ya lo han intentado otras veces, Corrigan. Pero los soldados de Manara se agotan pronto en estas montañas y regresan en seguida. Apenas estarán tres o cuatro días perdiendo su tiempo tratando de localizar nuestro refugio.

—Te equivocas esta vez, Gen-Gogan —dijo Yana—. No son soldados regulares de Manara, sino humanos convertidos en robots.

El cricdo no pudo evitar palidecer intensamente. Burt dijo:

—Manara debía tardar aún en completar su pequeño ejército, ¿no? Calculamos que para cuando estuvieran aquí, ya tendríamos listo el amplificador mental. ¿Qué ha podido ocurrir para que Efron Dunn haya entregado con tanta anticipación el pedido?

Gen-Gogan movió la cabeza.

—No lo sé. Pero si se trata de guerreros-robots el panorama cambia totalmente. Ellos no se cansarán. Buscarán día y noche y poseen sentido de la orientación. No pasarán dos veces por el mismo sitio. Recorrerán las montañas sin detenerse apenas para comer. Lo estarán haciendo hasta que reciban órdenes de regreso. Y si Manara no lo hace, morirán extenuados, pero mucho más tarde de lo que lo harían soldados humanos.

—Los demás ancianos esperan, Gen-Gogan —dijo Yana—. Me dijeron, cuando venía a informarte, que te reunieras con ellos. Tú también, Burt Corrigan.

—Sí, puedo ir —dijo el terrestre—. Apenas es necesaria aquí mi presencia.

La noticia ya se había propalado por todo el refugio, en todos sus numerosos niveles y corredores. Los cricdos que se cruzaron con ellos cuando caminaban hacia el lugar donde se reunían los jefes, parecían preocupados; pero ninguna clase de miedo se reflejaba en sus rostros.

—Saben que se acerca el momento decisivo de nuestra tribu y están dispuestos a correr la suerte que el destino nos depare, Burt —explicó Gen-Gogan—. Nuestra fortaleza paranormal, lo que nuestros enemigos llaman magia cricdo, de nada nos servirá contra los nuevos guerreros del Amo Manara. Pero si es preciso moriremos matando. No huiremos. Defenderemos nuestro último baluarte.

Llegaron a una estancia grande. Alrededor de una mesa redonda, quince cricdos, la mayor parte ancianos, discutían verbal y mentalmente. Ante la entrada de Gen-Gogan y sus acompañantes callaron.

El líder cerró los ojos y dijo:

—Por favor, no hacedme tantas preguntas telepáticas a la vez. Además, utilizaremos las palabras porque nuestro amigo terrestre no podrá entendemos de otra forma.

—Estábamos contentos porque el amplificador iba a ser acabado

en breve, Gen-Gogan, mucho antes de lo preciso; pero ahora será demasiado tarde —dijo uno de los cricdos.

—Necesitamos aún tres días para acabarlo… y probarlo —dijo Burt—. Lamento deciros que no podremos realizar nada más que una prueba. Es posible que no podamos hacer rectificaciones si hemos cometido una grave equivocación en los planos.

—Pero de todas formas necesitamos ganar tiempo —precisó otro cricdo—. Los nuevos guerreros de Manara es posible que nos encuentren hoy, pero es muy probable que antes de cuarenta y ocho horas sepan dónde está nuestro refugio. Entonces todos los grupos se concentrarán en este lugar.

—¿Qué posibilidades tenemos de defensa? —preguntó Burt.

—Apenas contamos con medios. Nuestro refugio posee muchas entradas. Podemos defenderlas todas, pero no inutilizarlas. Si nuestros enemigos cuentan con suficientes hombres entrarán en unas horas de asedio.

Burt arrugó el ceño. Empezaba a ponerse furioso. ¿Cómo era posible que aquella gente, sabiendo que vivían en peligro, no hubiera planificado el refugio para una defensa tenaz y duradera? Como si sus pensamientos hubieran sido leídos por Yana, la muchacha dijo:

—No te extrañes, Burt Corrigan. Nuestro pueblo siempre ha rechazado a los soldados regulares de Manara de la misma forma con que nos libraron de nuestros perseguidores. Tenemos puestos de vigilancia alrededor nuestro. Siempre nos avisaron con tiempo, cuando se trataban de seres humanos nuestros enemigos. Entonces nuestros compatriotas de mayor poder mental se encargaban de hacer enloquecer a los soldados de Manara mediante sugestiones colectivas.

—Y con los que ahora tenemos enfrente no valen estas tretas —rezongó Burt—. No queda otra alternativa que salir a darles cara. Supongo que disponéis de bastantes armas, ¿no?

—Algunas docenas —admitió Gen-Gogan—. Pero si salimos al exterior dejaremos indefenso el refugio y…

Burt se preguntó por qué Gen-Gogan era tan delicado con él y no le leía la mente para enterarse de cuáles eran sus planes. Tenía que explicarlos.

—Treinta o cuarenta hombres deben salir del refugio y situarse

en una zona alejada. Deberán dejarse ver por el enemigo y entablar combate. Ellos pensarán que nuestro escondite está cerca y dejarán de buscar éste. Es posible que ganemos, mediante esta treta, los tres días que precisamos para terminar el amplificador. Con él ni siquiera los guerreros-robots podrán resistirse a las órdenes mentales de los mejores telépatas. Acabaremos con ellos al mismo tiempo que se domina el planeta entero.

—Tu plan es débil, Burt —dijo de mal humor Gen-Gogan—: Los hombres que salgan de aquí a enfrentarse con los guerreros-robots perecerán en su mayor parte.

—Pide voluntarios. Yo me ofrezco a guiarlos. Serví dos años como oficial del Ejército Imperial —sonrió para añadir—: No creo ser mal estratega.

—Tú no podrás ir, Burt Corrigan —silabeó Yana—. Tu puesto está en el taller. Debes terminar el amplificador.

Burt se encogió de hombros.

—Los técnicos podrán acabado. Además, si muero, os ahorraréis pagarme los honorarios.

Yana le volvió la espalda y salió rauda de la estancia. Aquella reacción de la muchacha dejó estupefacto a Burt. Los criados, por el contrario, esbozaron una ligera sonrisa, que rápidamente huyó de sus labios a causa del latente peligro.

—El plan del terrestre no es una maravilla de perfección, pero no tenemos otro —dijo un cricdo.

—Es cierto —admitió Gen-Gogan—. Dispondré los preparativos. Solicitaré voluntarios. Tan pronto estén dispuestos se pondrán en marcha.

—¿Tenéis planos detallados de estas montañas? —Preguntó Burt —. Debemos localizar un lugar adecuado para hacer creer al enemigo que en él está el refugio.

Uno de los líderes extendió sobre la mesa un tablero en relieve. Todos se inclinaron a estudiarlo y Burt empezó a hacer preguntas.

CAPÍTULO X

Aquel lugar había sido elegido como base provisional gracias a su planicie, a la facilidad con que las pesadas naves de transporte podían posarse. Además, se dominaba una gran zona de las montañas.

Amo Manara dejó de otear el montañoso horizonte y regresó al alojamiento levantado a pocos metros del abismo. Dentro, Efron Dunn y Derbee terminaban de guardar en un maletín los certificados bancarios. Se sorprendieron un tanto al ver entrar a Manara, que era seguido a corta distancia por su fiel Baoma.

—¿Encuentran correcta la suma, señores? —preguntó el Amo de la Guerra de Lero.

—Desde luego —respondió Efron Dunn con sonrisa conejil—. Ya estamos dispuestos a partir. Nuestra nave espera en el puerto estelar.

He dispuesto que una de mis unidades les lleve allí. Confío en que quedaré satisfecho con la compra.

Efron y Derbee sonrieron halagadores.

—Ha sabido hacer una magnífica adquisición, Señor —dijo el primero—. Antes de veinticuatro horas sus nuevos guerreros habrán localizado a sus indignos enemigos, ya que han sido preparados expresamente para el rastreo.

—Así lo espero.

Cuando los dos hombres se alejaban rápidos hacia la unidad que les llevaría hasta el puerto estelar, Baoma susurró a Manara:

—Puede quedarse tranquilamente con el dinero, Señor. Esos malditos no merecen que se vayan con una fortuna.

Manara se encogió de hombros.

—Es igual. Aún espero hacerle nuevos pedidos. Es más, tal vez ellos trabajen exclusivamente para mí. Sueño con un ejército fiel, numeroso y que nunca se sienta derrotado. Efron Dunn puede

proporcionármelo. Entonces es posible que me deshaga de él.

Baoma sonrió visiblemente aliviado. Por un momento había temido que Manara empezase a mostrarse blando. Quien desea conquistar un imperio no puede andarse con remilgos. Tiene que pisotear a todos cuantos se le enfrenten.

Anduvieron hasta otro alojamiento de aluminio. Era más grande que el que usaron los fabricantes de guerreros. Allí estaba el transmisor de órdenes, y receptor a la vez, de los robots-humanos.

Aquéllos ya tenían órdenes concretas y sólo tenían que esperar recibir informes. Los guerreros sólo informarían si habían encontrado algún rastro de los cricdos.

—Siéntate, Baoma. Es posible que la espera sea larga.

A través de la entrada, Manara vio a una docena de guerreros que había dejado de guarnición en la base, además del regimiento de soldados regulares. Estaban a pleno sol, firmes como estatuas. Manara sonrió. No lo había hecho a propósito, pero así llevaban cerca de dos horas. Estaban impávidos. De no costar una fortuna cada uno de ellos, los habría dejado allí para comprobar hasta qué punto eran capaces de obedecer sus órdenes.

Tomó el micrófono y les ordenó que se marcharan al alojamiento de tropas regulares. Los doce guerreros-robots se retiraron sin prisa alguna a los cobertizos. Si se encontraban desfallecidos por la larga exposición al sol nada demostraban.

—Soldados perfectos —sonrió Manara.

Baoma asintió en silencio. No le gustaban aquellos guerreros que algún día fueron hombres. Ahora eran máquinas de matar, que apenas podían ser utilizadas durante más de diez años. Después de ese tiempo no servirían para nada. ¿Qué haría entonces Manara con los veteranos? Bueno, había aún que esperar mucho para conocer la respuesta.

—Te veo preocupado, Baoma —preguntó Manara.

—Mi Amo, nunca pensé que usted quería conquistar un imperio valiéndose de hombres sin alma —contestó Baoma pausadamente.

—¿Por qué? No te comprendo…

—Será un imperio frío como la misma muerte. Dominará muchos pueblos con guerreros sin mente propia. ¿Qué hará si los pueblos no le aceptan? ¿Los modificará también para convertirlos en sumisos vasallos?

—Sólo pensaba en las fuerzas de choque, pero… Tu idea no es desaprovechable del todo. Podría crear el imperio perfecto, capaz de ir tras su emperador ciegamente, con fe inaudita.

Por primera vez en su vida, Baoma se alejó de su Amo sin esperar que éste se lo permitiese. Manara estaba tan entusiasmado ante lo que él consideraba cercano triunfo que no dio importancia al hecho.

CAPÍTULO XI

Burt estaba furioso desde que salieron del refugio, y se puso más aún cuando Yana se unió a su grupo de tres hombres, mientras que los demás se esparcían por el área elegida.

—Al menos podías haberte ido con otros —dijo Burt a la muchacha.

—Te portas de forma más insoportable conmigo ahora que cuando era… —rió Yana agregando— que cuando era tu esclava.

—Entonces debí darte unos azotes.

—No habrías tenido tiempo.

El reducido grupo caminó unos metros por el solitario y áspero terreno. Portaban armas ligeras de energía además de afilados puñales. Sólo llevaban comida para cinco días. Si al cabo de éstos aún vivían debían regresar al refugio.

Al cabo de un buen rato, Yana se acercó al terrestre y le dijo:

—En cualquier sitio existe el peligro. Por lo tanto, prefiero estar junto a ti.

—Pero el lugar que te corresponde, como mujer, es el refugio.

—No digas bobadas. Has visto cómo muchos de los voluntarios son mujeres. ¿Por qué iba a quedarme yo sin hacer nada? Los técnicos terminan el amplificador, y los telépatas que deben usado aguardan el momento de actuar.

—Está bien. De todas formas podemos pasamos meses sin que veamos a los famosos guerreros-robots de Manara —masculló Burt aunque sabía que no iban a tener tal suerte.

Se detuvieron para descansar un poco. Burt, mientras comía junto con sus compañeros, consultó la hora. Ya todos los grupos debían ocupar sus posiciones. Si alguno era descubierto ya sabía cómo tenía que actuar para hacer creer al enemigo que el refugio de los cricdos estaba cerca.

Yana se sentó a su lado. Los demás estaban algo apartados y no

podían oírles.

—Me temo que estás más nervioso de lo que debieras, Burt. ¿Puedo saber lo que te pasa?

—¿Acaso no puedes leer mi mente? Ella negó con la cabeza, diciendo:

—A veces nos es imposible si no queremos dañar al ser.

—Gracias por no querer lastimarme. Algo es algo.

—¿No puedes decirme qué te ocurre?

Burt guardó la bolsa de la comida y miró fijamente a la muchacha.

—Cuando fuiste mi esclava no pude pensar en ti como una mujer que me pertenecía, con la que podía hacer lo que placiera porque tú lo impediste. Ahora… Ahora estoy confundido. No sé si mis deseos son enteramente míos o se deben a impulsos que tú has grabado en mi mente.

—¿Cuáles son esos deseos, Burt?

—Mejor es que no los sepas. Al menos en estos momentos.

Yana sonrió.

—Si fueran los que me gustarían a mí que sean me agradaría penetrar en tu mente, Burt.

—Puedo expresártelos de forma definitiva —dijo Burt mientras sus brazos rodeaban el cuerpo de Yana y sus labios se acercaban a los de la muchacha.

Al apartarse lentamente, Yana tenía los ojos brillantes. Dijo:

—Con la mirada se puede decir mejor a veces que con el pensamiento, Burt. Y recuerda que ahora tus impulsos y deseos son solamente tuyos…

—¡Alerta! —Gritó uno de los cricdos—. Hemos sido descubiertos.

Burt se incorporó de un salto. Mientras se levantaba había tomado su fusil. Miró hacia el lugar que le indicaba con el brazo el cricdo. No pudo evitar un estremecimiento. No esperaba que el encuentro fuese tan pronto.

Flotando en el aire gracias a sus impulsores individuales, dos figuras cubiertas de pertrechos de guerra, relucientes a los últimos rayos de sol de la tarde, se acercaban a ellos.

CAPÍTULO XII

—Nos han descubierto —susurró uno de los tres cricdos.

—Desde luego —asintió Burt—. Observa los visores que tienen delante de los ojos. Deben ver incluso en la oscuridad. Es posible que no nos ataquen. Se limitarán a dar nuestra posición y esperarán a recibir refuerzos.

—Dudo eso, Burt —dijo Yana preparando su arma—. Lo más seguro es que den el aviso mientras nos atacan.

Se habían parapetado tras las rocas. Aunque ahora lentamente, los guerreros-robots seguían acercándose.

—Ofrecen un blanco estupendo —dijo uno de los hombres—. Con una descarga los acabaremos.

Burt estuvo a punto de decide que no disparase aún. Pero el cricdo pareció estar nervioso y apretó el disparador de su arma. El trazo de energía partió del cañón y dibujó un abanico en el aire. La muralla energética dio de lleno en las dos figuras que se acercaban. Aquello debió haberlos acabado.

Cuando la nube azul se hubo disipado de los dos atacantes, el terrestre y sus compañeros contuvieron la respiración, sobrecogidos en su ánimo.

—Es natural —gruñó Burt—. Solamente hombres preparados en laboratorios, con musculatura extra, pueden cargar con absorbedores de energía. Será inútil que les disparemos a esta distancia.

Los dos guerreros se detuvieron a unos veinte metros del grupo. Pudieron observar cómo sus rostros, enmarcados por el casco y lentes, estaban cubiertos por una máscara de metal. La boca que asomaba por ella tenía los labios prietos, decididos.

Parecían estar recibiendo instrucciones a través de los comunicadores alojados en los cascos. De súbito, los dos guerreros volvieron a avanzar.

—Han debido recibir órdenes de capturamos vivos —dijo Yana —. Manara no parece ser tan torpe. Quiere estar seguro de localizar el refugio. Si nos matan tardarán más tiempo.

—Déjalos que se acerquen. Cuando estén cerca podemos arrojar las armas de energía —dijo Burt.

—Estás loco, ¿no? —Escupió un cricdo—. No estamos aquí para entregarnos.

—Ellos se confiarán —respondió Burt enfadado—. Entonces debemos usar nuestros puñales. Si tenemos ocasión de acertar entre las junturas de sus armaduras podemos liquidarlos antes que vengan más.

Los cricdos sonrieron y arrojaron sus armas al mismo tiempo que Burt y Yana. Los guerreros se detuvieron sorprendidos. Ellos no comprendían que alguien pudiera rendirse sin luchar. Es más, ellos nunca se rendirían.

Los guerreros descendieron y caminaron hacia los cinco que acababan de rendirse. Aquella pasividad les molestaba. Hubieran deseado que se les resistieran.

A un momento ya indicado, Burt fue el primero que saltó sobre el guerrero elegido de antemano. Su mano extrajo el puñal y como un relámpago lo hundió por el sobaco izquierdo, buscando el corazón del enemigo. Otro cricdo saltó segundos después que él, aunque sus puñaladas no encontraron el mismo camino fácil hasta la carne que Burt. Pero las heridas eran mortales. De no tratarse de un ser preparado para resistir hasta la última gota de sangre en sus venas fortalecidas, aquello habría sido suficiente. Tuvieron que eludir los brazos que intentaban golpearles y volver a hundir los puñales.

La hoja del puñal de Burt se quebró en el último golpe. Pero ya no era necesario herir más. El desdichado ser convertido en máquina de matar se retorcía en el suelo, pugnando aún por alcanzar las armas y seguir luchando.

Entonces se volvieron para ayudar a los otros dos cricdos y a Yana que no estaban teniendo tanta suerte con el guerrero que les había correspondido. Yana estaba en el suelo. Había sido golpeada duramente y parecía tener el conocimiento casi perdido. Un hombre estaba tendido entre las rocas con la cabeza abierta y el otro iba a ser estrangulado inminentemente por el guerrero.

Burt descubrió el fusil del guerrero que ellos habían puesto fuera de combate. Era mucho más potente que los suyos. La coraza absorbente del guerrero superviviente no resistiría aquella descarga. Lo tomó y estaba apuntando cuando una voz le gritó:

—¡No dispares!

Aun en contra de su voluntad retiró el dedo del disparador y se volvió. La sangre se le heló en las venas. Otro guerrero flotaba a pocos metros de él. ¿Quién le había gritado que no disparase?

—Dejádmelo a mí —la voz volvió a sonar y Burt como prendió aturdido que era el guerrero recién llegado quien hablaba.

Entonces éste tomó un arma corta de su cinto. Después de apuntar con ella unos segundos, disparó contra su compañero, que al recibir la descarga eléctrica quedó paralizado y soltó al cricdo medio estrangulado.

El desconcertante guerrero-robot terminó de descender ante el terrestre y los cricdos, los cuales lo observaban estupefactos. No se decidían a atacarle, pero tampoco a dejar de apuntarle con las armas al mismo tiempo que tenían prietos los puñales.

—Los robots-humanos no hablan si no es por los comunicadores de sus cascos de guerra —musitó Yana.

Entonces el recién llegado dejó caer sus armas al suelo y se llevó las manos al casco. Después de varios intentos consiguió quitárselo. Mostró su máscara metálica, que le impedía mover con libertad los labios. Quiso enseñar una sonrisa amistosa y le salió una mueca.

—Esperad —dijo calmosamente.

Despegar la máscara de metal del rostro le costó mucho más trabajo que arrebatarse el casco. Cuando lo hubo conseguido y dejado que los rayos mortecinos del sol alumbraran su rostro, exclamaciones de asombro salieron de las gargantas cricdos. El terrestre no encontró nada anormal en aquella cara humana que ahora sonreía abiertamente.

—
Trie-Tern
—musitó Yana adelantándose hacia el guerrero.

—Sí, yo soy
Trie-Tern
. Comprendo vuestro estado.

A la mente de Burt acudieron restos de memoria. Sobresaltado,

exclamó:

—Así se llamaba el cricdo que debía recoger en la Tierra a mi compañero Archie Comme. —Sin impresionarle la imponente armadura que vestía
Trie-Tern
, Burt se acercó a él y le preguntó amenazador—: Tú venías con él en la misma nave que desapareció, según los informes. ¿Dónde está Archie?

Trie-Tern
, por toda respuesta, señaló al guerrero que él acababa de inmovilizar con su rayo eléctrico.

—Ése es —dijo—. Ahora no debemos perder tiempo. Tenemos que marcharnos cuanto antes. Docenas de guerreros de Manara pronto llegarán aquí. Id vosotros delante. Yo llevaré a Archie.

El terrestre retrocedió y se inclinó sobre el paralizado Archie. Quiso quitarle el casco y no pudo. Luego tentó la máscara y presintió que ésta estaba pegada en la misma piel. Entonces
Trie-Tern
le apartó y tomó entre sus brazos al inanimado Archie, remontando el vuelo con su impulsor individual.

Yana tocó el hombro de Burt, diciéndole:

—Vamos al refugio, Burt Corrigan. Me parece que
Trie-Tern
ya conoce la forma de ganar las horas que necesitamos para terminar el amplificador mental.

Burt no dijo nada y emprendió la marcha, siguiendo a Yana.

* * *

Trie-Tern
no se había despojado del resto de la indumentaria guerrera. Junto con Burt, Yana y Gen-Gogan observaba a través del amplio cristal cómo los cirujanos cricdos terminaban de reconocer a Archie Comme. Ya le habían despojado de la máscara de metal. Burt se había tranquilizado bastante al volver a ver el conocido rostro de Archie.

Minutos después los enfermeros se llevaron al inanimado terrestre y el jefe del grupo médico entró a dar el parte a Gen-Gogan.

—En unos días estará perfectamente. Creo que apenas necesitaremos unas simples operaciones cerebrales para devolverle su antigua personalidad —dijo, dirigiéndose sobre todo a Burt—. Por suerte su mente estaba preparada para contrarrestar los efectos nocivos injertados por Derbee.

—¿No tendrá consecuencias posteriores, doctor? —preguntó Burt no muy tranquilizado.

—Desde luego que no. Y agradézcaselo a Trie-Tern —respondió. Saludó con la cabeza y se alejó.

Burt se volvió hacia Trie-Tern.

—¿Qué ha querido decir?

El cricdo sonrió quitándole importancia al asunto.

—Cuando los hombres de Efron Dunn asaltaron la nave donde viajábamos comprendí para que querían a los pasajeros y tripulantes varones: Era fácil adivinar que pretendían convertirnos en guerreros-robots. Durante los días que precedieron a la primera operación estuve instruyendo a Archie acerca de la forma de contrarrestar lo mejor posible el daño que pudieran hacerle en el cerebro. Para mí fue muy fácil soportarlo todo y hacerles creer que al final me habían convertido en un robot-humano. Archie aprovechó las pocas lecciones que le di, pero no consiguió del todo sustraerse a las manipulaciones de Derbee. Aunque se comportaba como un verdadero. Robot-humano, en su mente siempre quedó un rastro de memoria que es lo que ahora le permitirá restablecerse.

«Cuando Manara nos ordenó que rastreásemos las montañas para descubrir el refugio no pude evitar que me asignaran otro compañero que no fuese Archie. Al recibir el aviso de Archie de que habían encontrado cricdos me libré de mi acompañante y me apresuré a acudir al lugar de la lucha. Llegué a tiempo para evitar que mataseis a Archie».

Gen-Gogan tosió y reclamó la atención general. Dijo:

—Casi todos los hombres que enviamos para despistar a los guerreros-robots han regresado, Trie-Tern, tal como me pediste. Pero eso no hará sino retardar unas horas el

que nos localicen. ¿Es que has pensado en alguna solución? Trie-Tern asintió.

—Desde luego. Yo regresaré junto a Manara. Le diré que sé dónde está el refugio para que ordene a todos sus hombres que vayan al lugar que yo le indique.

—¿Qué pretendes?

El cricdo sonrió tristemente.

—¿Os olvidáis de las grutas celestes? Siempre pensamos que éstas hubieran sido un lugar estupendo para construir un segundo refugio. Manara no dudará que tales grutas son, realmente, donde se esconde el pueblo cricdo.

—Pero en seguida se percatará de tu engaño, Trie-Tern —dijo Yana.

Gen-Gogan hizo callar a Yana con un ademán. Su rostro estaba tan serio como su mirada cuando dijo a Trie-Tern.

—Comprendo, Trie-Tern. Si ésta es tu voluntad, ve. El agradecimiento del pueblo cricdo te acompañará siempre.

—Gracias.

Cuando se hubo marchado Trie-Tern, Yana preguntó a Gen-Gogan:

—No comprendo nada. Quise entrar en la mente de Trie-Tern y la encontré cerrada para mí, para todos. ¿Qué pretende hacer?

Pasaron unos instantes antes que Gen-Gogan dijese:

—Trie-Tern movido por el destino, ha encontrado el camino para salvarnos. Cuando Efron Dunn lo convirtió en un guerrero-robot para su cliente Manara no pudo llegar a imaginarse que iba a proporcionar al pueblo cricdo su salvación. Y perder para siempre a Manara.

—Ahora soy yo quien no comprende.

Volvieron a pasar unos largos segundos. Sólo después dijo Gen-Gogan:

—Ya se ha marchado Trie-Tern. Me pidió que no explicase nada de su plan hasta que no estuviese fuera del refugio. —Aunque en su mirada había un gran pesar, Burt creyó descubrir en los ojos de Gen-Gogan un reflejo de alegría porque la tribu cricdo iba a salvarse—. Yana, ¿has olvidado acaso por qué desistimos de convertir las grutas celestes en un segundo refugio?

Yana abrió mucho la boca. La cerró y dijo lentamente:

—Los ingenieros comprendieron que se necesitaba una gran obra de ingeniería para asegurar su centro, que encontraron débil.

—Exacto. Un simple disparo energético puede destruir toda la gruta, haciendo perecer a cuantos estén en ella.

Burt sintió frío en las venas. El sacrificio de Trie-Tern iba a ser total, pero efectivo.

Las horas que necesitaban para terminar el amplificador mental estaban aseguradas.

CAPÍTULO XIII

Las naves de Manara habíanse trasladado a un pequeño valle. Desde allí se divisaban las entradas de las grutas que el guerrero había señalado horas antes como el camino para llegar al refugio cricdo.

El Amo de la Guerra de Lero había enviado al interior a todos sus guerreros-robots. Junto a él estaba Baoma, con su rostro más impenetrable que nunca. Atrás, los soldados observaban aterrorizados las oscuras entradas. Su ancestral temor a la magia cricdo no había desaparecido aún.

—Hoy es un gran día, Baoma. Hoy serán exterminados los cricdos. Tendré las espaldas libres para actuar con libertad, para conquistar todos los malditos planetas de las Pléyades Negras. Seré el amo absoluto.

Manara no cesaba de caminar mientras hablaba, siempre sin dejar de mirar las entradas. Ansiaba el momento en que apareciesen sus guerreros-robots mostrándole los testimonios que le garantizasen que hasta el último criado había sido pasado por las armas.

—Haré traer a Dunn y Derbee a Lero —seguía monologando Manara, cada vez más excitado—. Les obligaré que fabriquen para mí un gran ejército de hombres-robots. Con ellos nadie, ni siquiera el Gran Imperio, se me opondrá. Todos serán fieles, obedientes como…

Se calló. Al mirar a Baoma se asustó al ver su rostro repleto de asco.

—¿Por qué no termina la frase? —Preguntó Baoma—. ¿Tan fieles como yo? ¿No era eso lo que quería decir?

Manara no supo qué responder. Estaba aturdido.

Nunca antes había encontrado a Baoma tan violento, tan irrespetuoso con él.

—Usted, mi amo, no es un líder que desee ser temido y

admirado por servidores y enemigos. Usted sólo ansía poder. No le importa la forma de conseguirlo. Le da igual. Sólo le interesa el resultado. Sabe que su vida no le permitirá conquistar un imperio con el que aplacar sus ambiciones, que no tendrá tiempo. Teme morirse sin haberlo conseguido. Ha comprado esos guerreros sin alma, que le obedecen de forma maquinal no solamente para terminar con los cricdos, sino porque quiere hacer una prueba. Si ésta tiene resultado, sacrificará a todos sus hombres, a toda la gente de este planeta: la convertirá en robots.

—Calla, Baoma, calla. No sabes lo que estás diciendo.

—Sí, lo sé muy bien. Me pregunto si también ha pensado en convertirme a mí en otro robot. Tal vez mi comportamiento no le parece lo suficientemente fiel, ¿no?

—Estás enloqueciendo, Baoma —dijo acremente Manara.

Al escuchar las fuertes palabras, los soldados del ejército regular se estaban acercando, presenciando en silencio la escena.

—Es posible. Pero yo creo que ha sido hasta ahora cuando he estado loco —la voz de Baoma se quebró de dolor mental al añadir —; Yo pertenezco a una raza extraña, amo. Necesitamos amar a alguien, creer en una persona, servirle siempre fielmente. La idolatramos. Creí encontrar en usted ese ser que todos los míos necesitan. Somos… Somos como los perros terrestres, que aunque sus amos les peguen, siempre van tras él. Yo soy así. Yo fui así. He comprendido que usted no merece mi admiración. Incluso sufría cuando usted gozaba de las mujeres, aunque nunca sentí hacia usted otra cosa que admiración. Le quería para mí. Verle, sentirle, adorarle platónicamente. Ahora todo ha terminado. Porque…

—Me asombras, Baoma —musitó Manara—. Nunca me contaste nada acerca de tu mundo de origen. Yo…

—¡Calle! Siempre le escuché. Ahora hablo yo. Présteme atención.

Manara sintió miedo. Notaba la voz endurecido de Baoma, sus ojos inyectados en sangre. Calló.

—En mi mundo mi raza obedece a otra que consideramos superior, a la que servimos, aunque ésta nada sería sin nuestra ayuda. Nosotros estamos orgullosos de ayudar a su supervivencia. Ellos se dejan cuidar, aconsejar por los míos. Les amamos. A veces nos lastiman, pero nosotros sabemos perdonar sus debilidades.

Somos felices así.

»Un día marché a otros mundos. Busqué a quién servir, obedecer. Le encontré a usted, mi Amo, cuando aún no era el dueño de Lero. Le ayudé a conquistarlo y maté a cuantos quisieron matarle. Pensé que ya no tenía por qué volver a mi planeta. Tenía a quien servir.

»¡Pero usted no desea siquiera ser servido! Apetece estar rodeado de máquinas insensibles como los guerreros-robots. Me ha decepcionado.

Aspiró hondo Baoma. Se acercó más a Manara y dijo:

—¿Sabe que en mi planeta a veces los seres de la raza superior enferman y repudian a quienes les sirven? ¿No adivina lo que hacemos con ellos nosotros, los seres de la raza inferior, los que precisamos amar para poder vivir? No, no lo sabe. O teme adivinarlo. Como prendemos que están enfermos, que sufren. Se comportan así sin desearlo. El amor puede llegar hasta la eutanasia. Nosotros los sometemos a la eutanasia. Y gozamos viendo cómo mueren, leyendo en sus rostros su último agradecimiento. Nos dan las gracias por librarles de los sufrimientos, por nuestro último servicio.

Manara gritó horrorizado. Tenía encima a Baoma y no pudo evitar que los fuertes dedos rodeasen su garganta y apretasen. Chilló a sus soldados que le ayudasen, que matasen a Manara.

Pero los soldados no se movieron. Ocurrieron tres cosas al mismo tiempo.

Dentro de las grutas celestes se escuchó un gran estruendo, como si toda la montaña se viniese abajo. De los ojos que eran sus entradas salieron piedras y humo.

Trie-Tern

acababa de destruirla. Junto con él morían los guerreros-robots.

Simultáneamente, a muchos kilómetros de distancia, los criados ponían en funcionamiento su amplificador mental. Las ondas telepáticas de cientos de seres, recogidas, analizadas, impulsadas hasta los satélites artificiales y vueltas a ser enviadas en décimas de segundos a todos los confines del planeta, dominaban todas las mentes. Por eso los soldados regulares no obedecieron la orden póstuma de su amo, de matar a Baoma. Ya no deseaban matar a nadie.

Antes de sumirse en las sombras eternas, Manara tampoco deseó la muerte de quien le mataba.

Y Baoma sólo se dio cuenta de lo que acababa de hacer cuando el inanimado cuerpo de Manara resbaló de entre sus brazos, cayendo al rocoso suelo.

La atormentada mente de Baoma no resistió el choque. Su corazón se aceleró súbitamente y luego se detuvo de golpe. Las emociones habían sido demasiado fuertes para él. No supo o pudo resistirse a la emoción de haber matado al hombre en quien había depositado todo su amor.

Cuando horas más tarde llegaron cricdos reconociendo el terreno, no supieron explicarse lo que allí había pasado. Los soldados apenas pudieron contarles nada. Parecían felices de vivir, de gozar un día de la montaña.

CAPÍTULO XIV

Por primera vez en muchos años, el pueblo cricdo pudo salir fuera del refugio sin temor alguno. Ya no importaba que fueran descubiertos. Ahora podían vivir en paz.

Había paz en Lero. Sus habitantes sólo pensaban en vegetar pacíficamente. Habían olvidado sus sueños de conquista guiados de la mano del Amo Manara. Incluso ya nada les decía aquel nombre. Ni el de Baoma.

Los cricdos habían acogido con serenidad su victoria final. No bailaron ni rieron. Se limitaron a sonreír, a pensar en la nueva vida. Volverían a los llanos, a los valles que siempre fueron suyos, junto con las casi extinguidas tribus nativas. Estaban dispuestos a reconstruir un mundo nuevo en Lero.

Burt Corrigan era el único hombre a quien las ondas mentales amplificadas podían afectar y aún llevaba un casco protector. Cuando las emisiones cesasen podría quitárselo. También había salido al exterior, junto con todos a gozar de aquel día maravilloso. Buscaba a alguien, pero encontró primero a Gen-Gogan.

El rostro anciano del líder resplandecía de gozo, aunque no podía evitar un reflejo de tristeza porque la total victoria había reclamado el sacrificio de
Trie-Tern
.

—No te apenes, Gen-Gogan —le dijo el terrestre mientras sus ojos seguían buscando entre la multitud a Yana—. Nos apresuramos cuanto pudimos para evitar que
Trie-Tern
no llegase a consumar su acción.

—Lo sé. Casi conseguimos poner en funcionamiento el amplificador antes que él disparase contra la cúpula de las grutas celestes y ésta se desplomase. Fueron sólo segundos los que nos

impidieron evitar su muerte.

—De todas formas los guerreros hubieran seguido durante mucho tiempo constituyendo un peligro para nosotros después de muerto Manara. Nos hubieran seguido buscando y habríamos tenido que matarlos unos tras otros. Muchos de los cricdos habrían muerto entonces.

—Es cierto. Tienes razón, terrestre. Bien, tu labor ha terminado. Te estamos agradecidos. Archie Comme estará en condiciones de marcharse pronto. ¿Qué harás cuando recibas tu premio?

Burt esbozó una sonrisa. Seguía mirando entre la gente.

—Me temo que aún seguiréis necesitando un ingeniero por mucho tiempo. Además, la idea de regresar a la Tierra me seduce poco. Allí se respira un ambiente demasiado tenso, tan cerca de la Corte Imperial. No sé lo que haré aún. Pero ¿habéis olvidado que vuestra situación aún es precaria, que los vecinos de las Pléyades Negras pueden darse cuenta que Lero es ahora una fruta madura que puede caer en sus garras con cierta facilidad después de haber caído el Gobierno de Manara?

Gen-Gogan negó con la cabeza.

—Aparentemente nada habrá cambiado. Seguirán gobernando los mismos que antes. Así será por algún tiempo, hasta que nosotros podamos consolidar nuestras posiciones. Las Pléyades Negras temen a Lero. Nos interesa que sigan así. Paulatinamente absorberemos los puestos de responsabilidad sin que nadie se percate de nada. Pronto se olvidarán de que existieron magos en las montañas, de todo lo pasado.

—¿Qué haréis con los fieles a Manara, con sus ejércitos?

—Nos hubiera gustado que se marcharan de la misma forma que llegaron —suspiró Gen-Gogan—. Quizá no consigamos esto, quizá nos interese que sigan aquí. Ya veremos. Aún es pronto para decidir. No te extrañes. Tú aún no has decidido qué hacer…

El anciano calló porque el terrestre se alejaba de él súbitamente. Parecía haber encontrado a alguien entre la multitud. Gen-Gogan sonrió para sí. Observó por un momento la escena y luego se retiró, buscando a los demás líderes del pueblo cricdo. Tenían mucho trabajo que realizar.

Yana también había visto a Burt y anduvo hacia él Se quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

—Te buscaba… —dijeron ambos al unísono y rieron.

—Nos encontramos —añadió ella.

—Gracias por decir eso. Creí que sólo yo te estaba buscando a ti —sonrió él. Se tocó el ligero casco que le libraba de recibir las ondas telepáticas que aún durante unos días estarían esparciéndose por Lero—. Este chisme me servirá de mucho. Así sabré que mis sentimientos son verdaderamente míos, que nadie influye en ellos. Supongo que éste es el mejor momento.

—¿Para qué?

—Para decirte con sinceridad que te quiero. Sólo necesito que tú me ames también para dejarlo todo, para no marcharme nunca de Lero.

—¿Y si mi respuesta fuera negativa? —preguntó la muchacha queriendo dar a sus palabras un tono amenazador, aunque saliéndole todo lo contrario, para contento de Burt.

—Entonces tendría que regresar a la Tierra, a los planetas donde la humanidad parece lanzada a una destrucción en cadena, a una civilización que está condenada a autodestruirse. Allí en donde los hombres destruyen las almas de los hombres, convirtiéndolos en robots.

Ella se puso sus dedos suavemente en los labios.

—No pienses en Efron Dunn, ni en nadie malévolo. Ellos recibirán su castigo algún día. No siempre seguirán fabricando máquinas de seres humanos. Piensa que hoy es un día grande para los cricdos, para nosotros.

Un grupo de parejas jóvenes de cricdos pasaron ante ellos. Reían y pretendían iniciar una danza. Iban cogidos de las manos. Burt y Yana se unieron a ellos. Marchaban a los parajes cercanos donde crecía un acogedor bosque. Buscaban soledad para el amor, para olvidarse de la violencia.

Los enamorados se confundieron entre ellos, mirándose cada uno en los ojos brillantes del otro.

El día moría en Lero al mismo tiempo que nació otro nuevo y mejor.

FIN.



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).